

LA
PROST



DRPS
FA
338

UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500763358

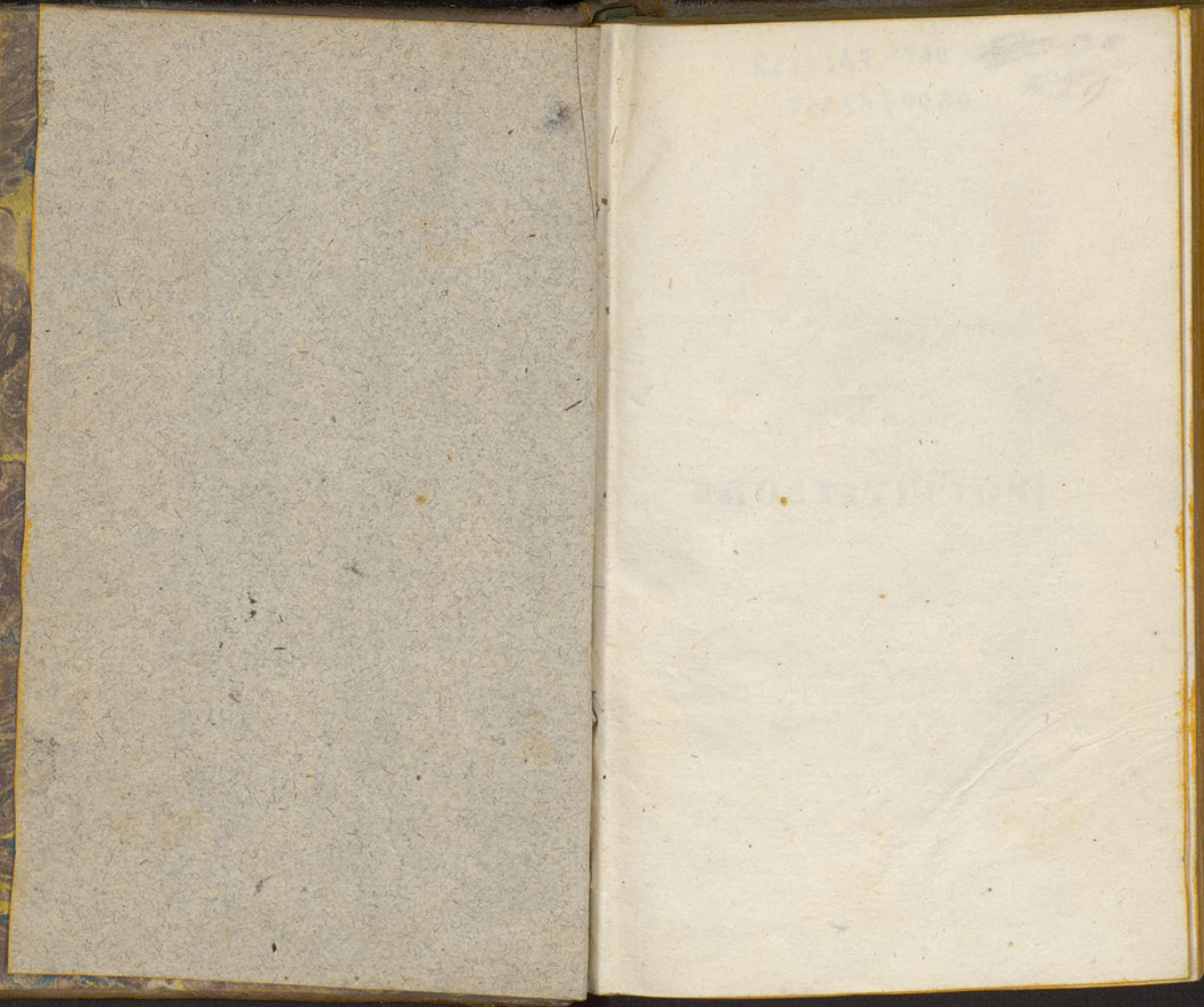


LA
PROSTITUTION

Ex Libris



Russell Perry Sebold III



FL DRPS FA/0338

0800763358

La

PROSTITUCION.

SE HALLA VENAL

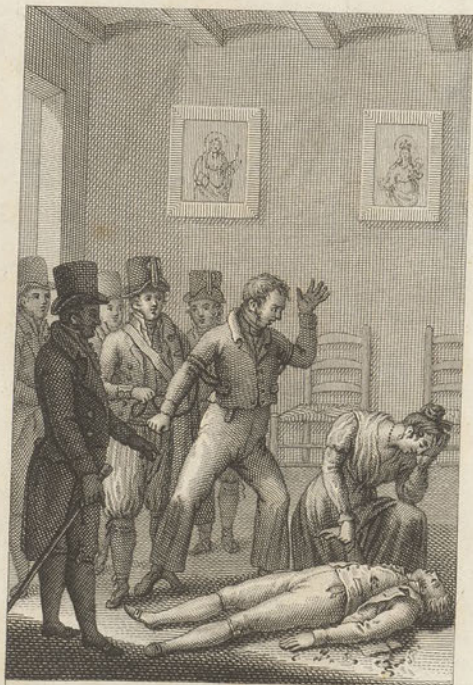
EN LAS LIBRERIAS SIGUIENTES:

BARCELONA.	{ Indar c. de Escudellers. Oliveres c. Ancha.
MADRID.	Razola.
CADIZ.	Ortal y Comp.
VALENCIA.	Faulí.
ZARAGOZA.	Polo.
BARBASTRO.	Lafita.
HUESCA.	Navarro.

EN LAS MISMAS

SE HALLAN DE VENTA DEL MISMO
AUTOR:

Adelaida ó el Suicidio, 1 t.
Viaje á la Luna ó Zulema y Lambert, 1 t.
El Buen Hijo y Matrimonio Fraterno, 1 t.



*Vil muger, tu infidelidad conduce al
patíbulo á tu infeliz marido. Pag. 59.*

B. Pinello d.

J. Amillo gr.

LA
PROSTITUCION,
Ó CONSECUENCIAS
DE UN MAL EGEEMPLO.

Novela original;

SU AUTOR

D. J. del Castillo.



BARCELONA:

IMPRENTA DE DON RAMON MARTIN INDAR.
CALLE DE ESCUDELLERS N.º 3.

1833.

Esta novela es propiedad de su Editor D. RAMON INDAR, y se halla de venta en su librería calle de Escudellers.

CON LICENCIA: BARCELONA IMPRENTA
de INDAR. — Marzo de 1833.

LA PROSTITUCION,

Ó CONSECUENCIAS

DE

Un mal Ejemplo.

EN la capital de una de las varias islas del Mediterráneo que otro tiempo fueron gobernadas por los españoles, y actualmente batien el pabellon británico, vivia un médico sabio, aunque jóven, pero en extremo aviciado al juego y deshonestos placeres; cuyo nombre era Morundi. Sin hacer caso de su virtuosa esposa Matilde, ni de tres tiernas criaturas con que le habia

dotado la Providencia, llamadas Polonia, Julia y Esencia, se entregaba á todo género de voluptuosas complacencias, pasando con sus amigos las noches de claro en claro con el afán de arrastrar tras sí hasta el tapete que cubria la mesa en que jugaban. Tal era su avaricia, que no sosegaba un instante; en términos que las mas de las noches no comparecia en su casa hasta el amanecer. Venia por lo comun mal humorado, como lo tienen de costumbre los jugadores de profesion, si pierden porque no han ganado, y si ganan por lo que aun han dejado de ganar.

Su vida disoluta le acarreó males de la mayor consideracion: y lo peor que su desgraciada familia era inocentemente partícipe de ellos.

En vano le aconsejaba su casta y tierna esposa, en vano le persuadia

á que dejase vida tan arrastrada, en valde le hacia patente que de dia en dia iba aceleradamente perdiendo su fama, crédito y parroquianos; pues unos tenian á mengua llamar un hombre tan calavera para que los visitase, y otros temian poner su vida en manos de un jóven que en vez de dedicarse con esmero á los científicos y árduos estudios de su noble facultad, malvertia el tiempo en los juegos, tertulias, cafes y casas sospechosas: á que se añadia que él embebido en sus execrables vicios, ni ménos pensaba en asistir á los pocos enfermos que por casualidad se acordaban de su nombre, con lo cual acabó de perder toda su parroquia.

En tal conflicto, la esposa de Morundi no hacia mas que llorar amargamente, no solo por contemplar la mala eleccion que habia hecho en el

matrimonio, sino considerando la fatal suerte que por consecuencia habia cabido á sus ternezuelas y cariñosas hijas, quienes hallando aspereza en vez de amor en su malcarado padre, buscaban el maternal abrigo. Así era que casi siempre estaban en torno de su querida mamá, cuyas lágrimas enjugaban diciéndola: No nos haga V. llorar, pues nosotras nos afligimos muchísimo cuando vemos á V. triste. Matilde reprimia el llanto en lo posible y se privaba de dar entero desahogo á su oprimido pecho por complacer á los amados pedazos de su corazon.

Un dia Morundi, haciendo mil alagos á su esposa, muy estraña cosa y rara vez vista en él, la habló de esta manera: Amada Matilde, ya sabes que la adversa fortuna y lo desgraciado que he sido en el juego, al que detesto y abomino, me ha hecho per-

der cuantiosas sumas y empeñarme considerablemente con algunos de mis compañeros de azar. Estos, viendo que ya me he del todo apartado de sus concurrencias y desviádome enteramente de su amistad, han creido que jamas podrian cobrar el préstamo que me hicieron á no ser por un medio vil, grosero é infame. Me han citado ante el Gran Maestre (gobernador de aquellas islas) al cual me he presentado, y me ha dicho resueltamente que, ó bien he de satisfacer á los acreedores, ó de no hacerlo seré encerrado en una dura prision hasta resarcir mis deudas: dándome de tiempo para deliberar veinte y cuatro horas.

Considera, amada esposa mia, cual estará mi afligido corazon, lleno de conflictos, sin saber que hacerme y sin mas remedio que perecer cargado de horrosas cadenas, pues no tengo

remedio ni amparo alguno.

Una saeta no habria traspasado mas rápida el pecho de Matilde, que estas últimas y lastimeras palabras salidas de la boca de su esposo. ¡Con que no hay otro arbitrio! ¡Hay desdichada é infeliz de mí! ¿No puede componerse, dime, de modo alguno? Veas, sí; veas si te sugiere alguno tu mente: discurre, mi adorado Morundi; discurre, y aunque sea á costa de mi propia vida conserva tu libertad.

¡O esposa amada, dechado de virtud y de prudencia! Ahora conozco hasta el extremo que llega el amor que sin yo merecerlo me profesas: ahora veo que debo trocar las ofensas y vituperios con que hasta de aquí te he blasfemado en mil y mil alabanzas. No, no es posible hallar otra muger que te iguale.

Yo, prosiguió, cara y tierna compañera, bien habia desde el principio previsto un solo medio de salvar mi honor; mas avergonzado al considerar los muchos y continuos desprecios con que incesantemente te he ultrajado, no me he atrevido á indicártelo. Mas, puesto que tu noble y generoso pecho se muestra para conmigo tan alagüeño, voy á esplicarte el modo como podria mi honor quedar vindicado, mis deudas satisfechas y nuestros amantes corazones en perfecta tranquilidad y reposo, disfrutando unidos y con los amables frutos de nuestro casto amor de los dulces y sabrosos placeres que proporciona la paz.

Ya ves que el abominable juego me ha hecho perder las haciendas, la fama y reputacion, y hasta mi crédito en la facultad que egerzo. Puesto que tu benignidad se complace

(12)

en realzar mi abatido honor, no se negará á empeñar ó vender á carta de gracia las haciendas que te fueron cedidas por tus padres en calidad de dote, por una cantidad que sea suficiente á cubrir mis deudas. Mas para esto, como quiera que yo no soy árbitro en disponer de tus bienes, y si solo, digámoslo así, mero albacea tuyo, es menester que prestes tu anuencia y voluntad ante el Gran Maestre, con lo que yo podré desde luego pasar á empeñar las fincas.

Muy bien pareció á la amable Matilde la propuesta de su esposo, é inmediatamente pasaron ámbos á casa del Gran Maestre, quien ya de ante mano estaba avisado y convenido con Morundi, compañero en sus vicios, á fin de hacer que Matilde diese á su marido ambiguamente facultades amplias y extensivas á empeño ó venda.

(13)

Para conseguirlo habló el Gran Maestro á la sencilla Matilde de este modo: Señora, creeré que dareis por bien dispuesto lo que vuestro esposo haga, mayormente cuando la determinacion que este va á tomar redunde en honor suyo y por consiguiente en el vuestro. La inocente Matilde ni siquiera un momento vaciló en decir que lo que su caro esposo hiciese seria otorgado por ella. Estendióse inmediatamente un poder en favor de Morundi, concebido en los términos indicados, el cual firmó Matilde; y despedidos los dos esposos despues de corteses cumplimientos del Gran Maestro, Matilde partió para su casa, mientras su marido corrió precipitado á buscar comprador á toda venta para las haciendas de su consorte.

Fuéle fácil hallarle de contado, pues las fincas eran buenas, estaban

en buen sitio, y prometian bien cuidadas un mas que mediano producto: á que se añadia que como á él costaban poco de adquirir, tampoco le costó mucho acomodarse al primer precio que le prometieron.

Otorgóse la escritura, entregó Morundi al comprador el poder firmado por su esposa, cobró su dinero y pasó en seguida á la casa del juego, en donde halló varios de sus compañeros de azar que se entretenian unos en jugar al embudo, otros al monte y algunos á la banca. Apenas vieron los jugadores á su amigo y notaron que venia provisto, se apresuraron todos á atraerle hácia sus respectivas mesas para desplumarle. Quien con alagos y cumplidos intentaba hacerle ver cuan desafortunado era en toda clase de juegos ménos en el que él jugaba; quien le aseguraba ecorvi-

tantes ganancias en el otro; aquel le decia que infaliblemente le picaria la suerte, y este finalmente le hacia señas apretándole la mano, como dándole á entender que ya estaba penetrado de su audaz modo de hacer trampas, y que procuraria que siempre ganara y resarciese todo cuanto hasta entónces habia perdido: en una palabra, estaba nuestro hombre metido en una turba de lobos que con su astuta sutileza procuraban cargarse con todo el dinero de su pretendido amigo. Este, despues de haber estado largo rato indeciso y suspenso, se inclinó á la banca, sentóse y comenzó á jugar. Al principio parecia picarle la suerte y cumplirse la profecia de su compañero; en poco rato aumentó considerablemente su caudal; esto mismo le incitaba á doblar y redoblar mas cada vez las cantidades que ponía á los

naipes. No cabia Morundi en sí de gozo al verse dueño de tanto dinero; hizo traer licores y café con que convidó á los circunstantes, que todos como él llegaron al mas vergonzoso estado de embriaguez. El esposo de Matilde no sabia ya en donde estaba ni que se hacia. El banquero valido de la ocasion se aprovechó de ella y comenzó à servirse de sus ardidés y el en cierto modo infeliz Morundi á perder su tesoro, y al paso que este menguaba y la suerte iba siéndole mas adversa á inflamarse del espíritu de gran jugador, hasta llegar su avaricia á tal extremo, que se quedó sin un maravedí.

Colérico y furioso en aquel instante habria de buena gana dado la muerte á sus competidores y aun á sí mismo, á no haberle detenido su cobardía. Pidió prestada al banquero

alguna suma; mas este, conociendo que no podria reembolsarla por haberle Morundi durante el juego explicado el modo como habia adquirido la que acababa de perder, se negó desde luego á dejársela.

Confuso y perplejo el consorte de Matilde no sabia que determinacion tomar. ¿ Como presentarse en su casa sin un cuarto? ¿ que razones alegar para satisfacer ó sosegar la justa cólera de su esposa? ¿ Que haré? decia entre sí, ¿ que resolveré en lance tan crítico?

Comenzó á pasearse de uno á otro lado de la sala: ya se paraba á cada tres ó cuatro pasos, puesta la mano en la frente: ya se rascaba la cabeza, ora le saltaban las lágrimas, y alguna vez se tiraba de los cabellos. Su tristeza, su abatimiento y su frenética desesperacion eran la risa de los con-

currentes, quienes al principio por señas y despues á las claras se mostraban del ya desplumado Morundi, contra quien proferian chanzas satíricas para acabar de irritarlo: hasta que conociendo este la befa, tomó el sombrero corrido de vergüenza, y sin despedirse de sus imaginados amigos los dejó en blanco, dirigiéndose hácia las orillas de la playa. Su primer impulso en cuanto llegó á la ribera fué buscar un patron conocido y concurrente con él á una casa disoluta, el cual estaba disponiendo el cargamento para Sicilia, y hablarle (pues no tenia valor para presentarse á su muger) atento á que se sirviera conducirlo hasta allá en su buque, aunque fuese en clase de fregon ú otra mas denigrante, sin mas recompensa que una ínfima manutencion.

Vió en efecto á su camarada, á quien

despues de recíprocos y cordiales saludos, declaró sus intentos que aprobó el marino, apretándole al propio tiempo la mano, dando grandes carcajadas, y haciendo otras semejantes demostraciones de afecto.

Vino bien á Morundi este hallazgo, con el que disipó en cierto modo algun tanto de la cólera y sofocacion que le dominaba. Dirigiéronse juntos á la poblacion hasta llegar á la deshonesta guarida que tenian de costumbre. Fueron en ella recibidos con cordialidad y agasajo; y dispuesto un esplendido banquete, permanecieron toda la noche saltando, bailando y adorando á Baco y Vénus sus favoritos. Beodos brindaban á sus damas, estas repetian los brindis, y apoderados de sus cabezas los vaporosos humos de las bebidas, pronto sucedió á la alegría y contento el llanto, á

los brindis y obsequios las copas y botellas arrojadas unas por tierra y otras por sus vacías cabezas; los licores vertidos, y diseminados los dulces y ramilletes que cubrían y adornaban la mesa.

Al ruido y alboroto comenzó el tranquilo vecindario á alterar su reposo que turbaron los intempestivos gritos á horas descompasadas. Alarmáronse todos temiendo que sucediese en aquella casa algun funesto acontecimiento, y provistos, quien de palo, quien de escopeta ú estoque comenzaron á llamar fuertemente á la puerta. Los de dentro no solo se negaron á abrir, sino que profiriendo espresiones indecorosas y desenfrenadas contra aquellos mismos que intentaban apaciguar tamaño desórden, les arrojaron desde los balcones cuanto les venia á las manos.

Así insultados los honrados y pacíficos vecinos viéronse precisados á buscar la justicia. Vino esta y mandó abrir inmediatamente, á cuyo mandato los alborotadores no se resistieron, ántes bien abrieron la puerta apresurados.

Viendo el juez que el principal motivo que habia dado margen á desórden semejante eran las bebidas, é informado de la relajada conducta tanto del patron de barco y de Morundi, como de la mala vida que llevaban aquellas perdidas mugeres; dispuso fuesen todos conducidos por lo pronto á la cárcel, y al siguiente dia dar parte al Gran Maestre.

En ella pasaron todos el resto de la noche no sin zozobra, aguardando cual seria su suerte al venidero dia. Amaneció por fin, y lo primero que Morundi procuró fué enviar un men-

sagero que avisara á su esposa del estado en que se hallaba.

Matilde, que desde la antecedente mañana ignoraba el paradero de su marido, y que al ver no comparecia en toda aquella madrugada tenia fundados temores y sospechas de que, ó habria vuelto á recaer en sus acostumbrados vicios, ó se habria fugado con el caudal; confirmó sus primeros presagios á vista del conductor de un billete que Morundi le escribia, el cual entregó á aquel: y despues de varias preguntas hechas por Matilde, á que el mensagero satisfizo, habiéndose este despedido, abrió una carta concebida en estos términos: *Amada esposa mia, un fatal incidente me tiene preso en esta dura cárcel. La codicia de aumentar la cantidad que nos han prestado sobre tu dote me hizo entrar en la maldita casa del*

juego, en la que la suerte me fué tan contraria, que me robó hasta el último escudo. Temeroso de ponerme en tu presencia rogué á un amigo me permitiera pasar la noche en su morada; este me incitó á que fuésemos á una casa sospechosa, á cuyos ruegos condescendi: y he aquí que habiéndonos la justicia sorprendido, hemos todos sido conducidos á esta misera y lóbrega mansion, de donde solo puede sacarme tu conyugal cariño. No vacilo un momento en creer que darás cuantos pasos estén en tu mano, y que cumplirás con los sagrados deberes que te impusiste al pié de los altares, para que tenga el gozo de abrazar con entera libertad á su cara compañera y tiernos hijos tu fiel esposo — Morundi.

Un dardo no habria profundizado tanto el inquieto corazon de Matilde,

como la lectura de este billete. Se apoderó de todos sus miembros un fuerte temblor, el carmesí de su rostro se convirtió en el instante en palidez, y bañada en frios y casi mortales sudores cayó en tierra sin poder proferir otra palabra que: *¡ Ah dulce y amado esposo !*

Al ver las tiernas hijas de Matilde á su querida madre desmayada, comenzaron á llorar amargamente: una la cogia por la cabeza, otra la limpiaba el sudor, esta rociaba su rostro con agua y de cuando en cuando daba en el balcon fuertes gritos, rogando á los vecinos viniesen á socorrer á su estimada mamá.

Acudieron á las voces algunas personas que dieron inmediatamente socorro á la desgraciada consorte de Morundi. Aunque con suma dificultad y despues de largo rato pudieron hacerla

volver en sí. Su primer cuidado fué mirar á una y otra parte entre suspensa y afligida: hasta que lanzando de lo mas profundo de su pecho un terrible aunque ahogado suspiro, rompió en los ayes mas lastimeros, regando con abundantes lágrimas los tiernos pedazos de su corazon, los cuales rodeados en torno de su madre la acompañaban en el llanto, y á quienes ella mostraba el maternal cariño besando al uno, abrazando al otro y enjugando las lágrimas de todos.

¡ Desgraciadas é infelices criaturas ! decia: ¡ Mas os valiera no haber existido que sufrir los crueles rigores que os aguardan. ! ¡ Oh malhadada suerte mia ! ¡ Para que naciste , infeliz muger ? ¡ Para morir , de pena y sentimiento ? ¡ Ah ! no podrás resistir los duros pesares que te afligen. ¡ Ojalá la fiera parca arrebatase en un instante

el hilo de mi vida, apartando por siempre mi espíritu del triste tronco que le encierra! Y... ¡ojalá que estos tres inocentes frutos de mi amor me acompañasen en este instante mismo y mezclaran en el sepulcro con las mias sus frias cenizas...!

A puro reflexiones pudieron los compasivos vecinos calmar en cierto modo el dolor que padecia la desventurada Matilde. Despues que la consideraron del todo vuelta en sí, se despidieron, consolando y acompañándola en el sentimiento con verídicas demostraciones que manifestaban lo sensible que les habia sido tan funesto acontecimiento.

En seguida Matilde, acompañada de sus amadas hijas que la asian una por la mano, otra del vestido, llevando la mas pequeña en brazos, se dirigió hácia la cárcel. Al entrar en

aquella horrorosa mansion, un pánico terror se apoderó de su abatido espíritu: sus miembros se estremecian al ronco y hondo ruido de las cadenas, cerrojos, puertas y pestillos: solo la ciega y vehemente pasion que tenia á su esposo pudo vencer en la lid que emprendió su corazon entre sí mismo: la voluntad la animaba á entrar en aquellas hórridas prisiones; mas el miedo la atemorizaba, y detenia sus vacilantes pasos. Resolvióse por fin á seguir adelante: mas ¡con que pena, con que dolor vé al único objeto de sus caricias reclinado sobre un duro banco de ladrillos, sin otra almohada que el brazo y sin otros mullidos colchones que una roida estera, aposentado en un húmedo y lóbrego calabozo, sin mas luz que la que pres- taba un pequeño agujero! ¡Cual quedó su alma al reparar que sugetaban

uno de los pies de su amado duras y enormes cadenas! Aquí no pudo resistir, y gritando: *¡ Ah bárbaros!* cayó postrada en los brazos de Morundi.

Este apoyó la cabeza de su desmayada esposa contra su seno. Cual de sus hijas abrazaba á su mamá, cual besaba á su querido padre y solo reinaban en aquel encierro profundos ecos, lastimeros ayes y hórridos clamores.

A este tiempo entró el juez acompañado del alcaide y de los alguaciles que en la noche antecedente habian prendido á Morundi y demas mal entretenidos. El juez no pudo ménos de contristarse y enjugar sus lágrimas á vista de cuadro tan triste y lastimero: hasta el duro carcelero y malcarados alguaciles unieron las suyas á las de su gefe. Este contribuyó tambien con cuantos medios estuvieron á

su alcance al socorro de la exánime Matilde, que recobrada de su letargo y advertida de ser el juez aquel á cuya presencia estaba, se postró á sus plantas presentándole el mas pequeño de los amados frutos de sus entrañas, y con voz decaida le dijo: Señor, aquí teneis á vuestros pies una afligida muger, que de lo íntimo de su corazon os pide la protejais en este tremendo lance. Hacedlo, os ruego, (señalando á sus hijas) sino por mí, al ménos por estas inocentes criaturas: merezcan algo estos desvalidos. Si su padre se ha hecho acreedor al rigor de la justicia, calmen la ira de esta las lágrimas con que estos tiernos pargulillos en union con su madre, riegan vuestras manos. Sed elemente para con ellos y volvedles el cariñoso padre que en la noche de ayer les fué arrebatado: dadle la libertad; y si necesario

fuese hacer justicia, cargue la ley sobre mí su tremenda cuchilla; sea yo castigada y quede mi esposo indemne.

Alzad, bella jóven, ya quedan cumplidos vuestros deseos; aun hay remedio, pues no se ha dado parte de él. Ola, soltadle al punto, dijo el juez. — Benignísimo señor, dadme á besar vuestra mano, replicó Matilde apretando al mismo tiempo con las dos suyas la del juez, que aplicó á sus labios y regó con caudaloso llanto.

Inmediatamente los ministros dieron libertad á Morundi, que en union con su esposa é hijos contribuyó á tributar al gefe de justicia la mas humilde sumision y respetuosas gracias. Fueron despedidos con la mayor cordialidad por el juez y demas circunstancias, y apresuraron con no de-

cible alegría el paso para salir cuanto ántes de aquel horroroso sitio, dirigiéndose llenos de inesplicable contento hácia su casa.

Entretanto, el juez pasó á los calabozos de los que habian sido apasionados con Morundi, y juzgando no era justo que su compañero obtuviese la libertad y ellos el castigo, mandó tambien dársela.

El marino, escarmentado se hizo inmediatamente á la vela sin despedirse de su amigo ni de las damas, que en adelante fueron con algo mas de reserva en sus operaciones.

En cuanto los vecinos del médico le vieron venir con su esposa y familia, corrieron presurosos á darles el parabien, no tanto por él, quanto por Matilde, cuyo pacífico y bondadoso carácter conocian á fondo.

Permaneció Morundi tranquilo al-

gun tiempo; y aunque por entónces hacia vivísimas diligencias por adquirir crédito y nuevos parroquianos, como todos estaban penetrados de su proceder, juzgaban aparente su conversion y no se atrevían á fiarse de su ciencia y por consiguiente ni á ponerse en sus manos. *Esto sucede al hombre vicioso; aunque tal cual vez obre de buena fé, siempre recelan de él los buenos, y lejos de creer en su palabra, todos huyen de él como de ponzoñosa sierpe.*

No sabia el esposo de Matilde como sostener su dilatada familia: ya sus amigos estaban cansados de socorrerle y no acertaba que partido tomar. El verse sin dinero, sin alajas ni haciendas que empeñar ó vender, y lo peor haciendo un ridículo papel en la sociedad, lo sacaba de tino y hacia estar de continuo mal humorado.

Hasta llegó al extremo de aborrecer á ratos á su consorte é hijos, y aun á sí mismo. Fastidiado de no poder llevarles algun sustento, no comparecía por su casa á veces las semanas enteras, alimentándose él entre tanto con el cubierto con que este ú otro amigo se dignaba favorecerle; mientras la infeliz Matilde sufría tamañas penas con admirable resignacion.

Un dia propuso esta á su marido que podrian deshacerse á toda venta de la dote que tenia empeñada, é ir sosteniéndose con la cantidad que de ella sacasen, hasta ver si la suerte les abria algun camino.

Entónces Morundi se vió precisado á declarar á su muger la verdad, habiéndola así: Adorada Matilde, llega á tal nuestra miseria y deplorable situación, que ni aun de ese corto alivio podemos disfrutar — ¿Como no? —

Porque ya no somos dueños de los bienes que poseías. — Y.. ¿cual es la causa? — El haber pasado á manos de otro que es su propietario. — ¿Quien ha abusado de libertad semejante? — Mi debilidad. — ¡Que dices! — Sí, bella Matilde, cuando me fueron concedidas por tu sincera bondad amplias facultades para que dispusiese á mi voluntad de todos tus bienes, no quise limitarme á empeñarlos; sino que juzgué del caso venderlos. El dinero que me fué entregado lo perdí desgraciadamente en el juego el fatal dia de mi prision. He aquí pues que ya no tenemos ni haciendas ni dinero.

Un golpe mortal fué para la desventurada Matilde nueva tan terrible: deshecha en llanto no sabia que pasaba por ella. Se veia unida para siempre ¿y á quien? á un bárbaro, á un inhumano, á un monstruo pér-

fido y malvado: miraba á sus tiernos hijos, frutos de un casto amor, y los veia en la temprana edad de la inocencia padecer sin culpa por un perverso padre: se miraba en fin á sí misma, miraba á su inicuo compañero, y preveia la fatal suerte que á entrambos aguardaba; á ella por no poder contar con el mas mínimo auxilio de su esposo para sostener los amados objetos de sus caricias, y á él por pronosticar justa y razonablemente cual podria ser el fin funesto de un hombre del todo pervertido, embebido en todo género de vicios, su único norte y guia, los cuales le precipitarian irremisiblemente en un afrentoso y lastimero destino.

A pesar de su docilidad no pudo la esposa de Morundi contenerse en esta ocasion, y convirtiendo en cólera su genial pacífico, esclamó: ¡Monstruo

vil é inhumano, bárbaro y cruel padre, fiero esposo! ¿Este es el modo de cumplir con los sagrados deberes que te impusiste al pié de los altares? ¿así procuras por tus inocentes hijos? ¡O cuanto mas valiera que el cielo les hubiera dado por padre un humilde y rústico aldeano que derramara sudores de sangre por sostener sus obligaciones, ó un idiota salvaje en cuyo corazon encerrara remotos vestigios que le dieran á conocer era de especie diversa que los brutos, que no un impío mezclado entre humanos, destituido enteramente de humanidad, que no conoce otras leyes divinas ni naturales que los protervos vicios, y en fin que no tiene otra fé, otra religion, ni otra creencia que la avaricia, la lujuria y la perversidad!

Tienes razon, amada esposa, dijo Morundi; mas ya que nada podemos

adelantar con tu justa irritacion, cálmese tu ira: todo lo veo, yo tengo la culpa; obré sin reflexion ni miramiento.

Matilde se reconoció, púsose sobre sí y convirtió la cólera en pena, llanto y dolor. Yo lo que siento, decia sollozando, yo lo que siento son estas infelices criaturas que la Providencia puso en nuestras manos, y á las que de ningun modo podemos, no solo dar educacion como estamos obligados por las leyes sociales, sino ni aun vestirlos y alimentarlos; ni atender de modo alguno á las primeras necesidades de su vida, segun las instituciones divinas nos previenen. A lo ménos, continuó, estuviera cerca de mi padre, que él, sino por mí, (por haberme casado contra su voluntad, y creo no sin fundamento me guardará aun cierto rencorcillo) por estos infelices pedazos

de mi corazón, por sus idolatrados nietos me asistiría aunque fuese indirectamente ó por vía reservada, con lo que podríamos irnos sosteniendo hasta ver lo que la fortuna daba de sí: mas por desgracia ni ese triste recurso nos queda. No hay mas arbitrio que morir de necesidad víctimas del hambre y de la miseria en un rincón de casa.

Nuestro estado, diferente del de otros, y mas en el suelo en donde nos han visto nacer, no me permite implorar la divina palabra; pues esto mismo sería desdorarle aun mas, con lo que acabarias de perder la reputación y el crédito (si alguno te queda).

Te ha sugerido el entendimiento una grande idea que hará nuestra felicidad en lo futuro, dijo prontamente Morundi. Aun hay remedio; y estoy

mas que cierto de que si adaptas mis consejos serémos venturosos. — ¿Que no haré yo por el bienestar de mis amados hijos? repuso Matilde. — Pues bien, continuó su esposo: toda vez que estás dispuesta á mirar por los tiernos objetos que nos son deudores de sus días, voy sucintamente á explicarte el plan que me ha ocurrido y que no dejará de ablandar y vencer el corazón de tu padre por duro y empedernido que sea. Oyeme. Ya sabes que está para dar la vela con dirección á España uno de los navíos de la recaudación de la enviada que van por la cantidad de estilo para la órden de san Juan de Malta. Tampoco ignoras que estos buques tienen obligación de conducir de valde á todo pasajero que se presente y justifique no tener medios para hacer el viaje. Puesto que yo tengo algun influjo con el Gran

Maestre me es muy fácil conseguir que tú con las niñas te embarques para España. Te presentas á tu padre; le ruegas, le suplicas nos proteja: no será tan ingrato que á la imponente vista de su hija y nietas, deje de ceder á tus repetidas instancias. Yo en el interin me quedará aquí aguardando me indulte, valiéndome del auxilio que uno ú otro de mis compañeros me proporcionará: y en cuanto obtenga su gracia, á la primera proporción me haré á la vela. Cambiarémos de país, pasaremos á habitar regiones para nosotros desconocidas; en donde te prometo adquirir reputacion y mudar de vida; y al lado de tu anciano padre que está allí bien visto y querido de todo el comercio, disfrutaremos una decente medianía que nos sacará del deplorable estado en que nos encontramos y hará nues-

tra futura y duradera felicidad. ¿A pruebas mi plan?

¡Ah, Morundi mio, estoy tan escarmentada de tus procederés! Temo no volverte á ver mas. — ¿Cabén en tí tan bajos pensamientos? ¿presumes acaso que por título alguno te abandonarías? ¿me conceptúas capaz de apartarme por siempre de esos caros objetos, fruto de nuestra casta union? ¡Ah, Matilde mia, cuan mal correspondes al entrañable cariño que te profeso! ¡Que un desliz á que todo ser humano está sugeto haga vacilar á mi amada esposa! ¡O cuan desgraciado soy que ni aun merezco ser creído de mi tierna consorte, de mi propia compañera! Esclamó Morundi alligido y lloroso: y Matilde repuso vertiendo abundantes lágrimas: Ese tu llanto me persuade de tu arrepentimiento. Con tal que cambies de método de

vida me espondré, no solo al peligroso capricho de los vientos y de las aguas, sino á morir víctima del mas horrible sacrificio que me fuere propuesto. Ni creas que por haberme mostrado contigo en cierto modo desdenosa y aun altanera haya dejado de amarte; efectos han sido esos de la excesiva pasion que te profeso. Así pues dispon, sí; dispon cuanto ántes mi partida. Presentaréme á mi querido padre, pondré ante sus caducos y cansados ojos los amados nietecillos, y á tal vista será tanta y tan grande la impresion que recibirá su alma, que enagenado de gozo y de alegría perdonará nuestros desvíos; y la sangrienta lucha que hoy domina su palpitante corazon, convertiráse en sincera paz, en dulce sosiego y un perpetuo é ininterrumpible reposo.

Diéronse los dos esposos otras prue-

bas de amistad y union, abrazáronse mutuamente, estrecháron entre sus brazos á sus amadas hijas y se retiráron á descansar, si bien poco alimentados y con fuerzas debilitadas, al ménos con la lisongera esperanza de que en el siguiente dia se llevarian á efecto las propuestas del precedente.

Luego que Apolo difundió sus rayos por el horizonte, el impaciente Morundi se dirigió al palacio del Gran Maestro, quien le recibió con su acostumbrada cordialidad. Esplicóle aquel sus proyectados designios á los que estaba conforme su esposa, y en el momento le fué espedida la orden para que el comandante del buque que estaba para partir admitiera á su bordo la familia de Morundi, cuidándose de la manutencion de la misma. Despidióse este con indecible contento por ver ya satisfechos sus deseos.

Pasó á la nave y entregó al comandante la órden, quien le dijo que á lo mas tardarian cinco ó seis dias en dar la vela, en cuyo tiempo podria disponer su familia para el embarque.

Llegó finalmente la hora de la partida. Morundi acompaña á Matilde é hijas al muelle: arriban á las orillas del anchuroso mar, y los semblantes de los dos esposos se imutan á vista de la nave que empavesada enarbolaba infinidad de pabellones: óyese un cañonazo, señal de marcha; comienzan los marineros á maniobrar y desplegar velas: otro cañonazo anuncia la pronta partida. Matilde abraza á su esposo: las tiernas niñas riegan la mano de su querido papá que besan con excesivo cariño y respetuosa veneracion. Morundi les da un ósculo, signo de tierno amor. Ya la lancha aguarda solícita á los pasajeros: vuelven los

esposos á reiterar su despedida con nuevos abrazos. Morundi jura ser todo de su esposa é hijas: Matilde promete cuidar de ellas con el mayor esmero. Pone en fin el pié sobre la vacilante barquilla: el marido entrega á su consorte los niños uno á uno: ella los recibe, abraza y coloca en la lancha. Comienzan los marineros á bogar, vase gradualmente el bote alejando de tierra. Uno y otro anegados en el mas congojoso llanto se saludan recíprocamente haciéndose señas con los pañuelos. Llegan al cabo á la nave, recibe el comandante con el mayor agrado y cortesía á los pasajeros: otro cañonazo hace resonar sus ecos por las vecinas playas: levantan los marineros las áncoras y da el buque la vela.

Matilde y las niñas desde la popa miran de hito en hito la cabeza de aquella desconsolada familia: este corresponde

dirigiendo su vista al buque, que con viento favorable y á vela tendida cortaba con imponderable velocidad las espumosas aguas: permaneciendo todos en esta posicion hasta haberse absolutamente la embarcacion perdido de vista. Entónces los navegantes se introdujeron en la cámara que el comandante les tenia de ante mano prevenida, y Morundi se retiró á su casa no sin sentimiento, pues cada vez mas echaba ménos su ausente familia.

Esta siguió con tiempo propicio su rumbo, y despues de veinte dias fondeó la nave felizmente en el puerto de Mahon, desde donde en breve arribó á Valencia, que era cabalmente en donde estaba situado el padre de Matilde.

Presentóse la jóven á este, el cual, ageno de tener su hija tan cercana, se sorprendió á su vista. Matilde,

luego que le vió se postró á sus plantas poniéndole delante los amados frutos de su enlace; y con voz acongojada y lastimera y mal pronunciadas palabras, interrumpidas á cada paso por los sollozos, dijo: Ya sé, respetable y querido padre, que no merezco, no solo vuestra atencion, sino ni aun que me perdoneis. Obré contra vuestra voluntad, no seguí vuestros prudentes consejos, y solo embebida y cegada por un caprichoso amor, causa de mis padecimientos, y de sufrir penosos y aciagos dias, hice mi desatinada voluntad, despreciando vuestras sanas y cautelosas reflexiones. Mas sin embargo, mirad á vuestra triste y desventurada hija, desvalida en países lejanos y desconocidos, separada del único y solo objeto de un ciego amor, de su amado, prudente y casto esposo; sin otras esperanzas, otros

a bitrios, ni otros medios de subsistencia para ella ni para sus tres amadas hijas, que vuestro generoso amparo.

Confiada pues en vuestro socorro acude á vos, y puesta á vuestra presencia implora la proteccion paternal. Estos infelices, y malhadados hijos, premio de un conyugal cariño (presentando las niñas á su abuelo y arrojándose ante su padre) sean los medianeros. Ellos calmen vuestro justo rigor, y hallen en vez de ira y venganza conmiseracion, amparo y humano socorro.

Quedó Carreccioli (así se llamaba el padre de Matilde) sorpreso. El gozo y alegría juntos con el sobresalto, lidiaban á un tiempo mismo en el corazon del anciano. Permaneció por algun rato estático é indeciso; mas al fin abrazando á Matilde exclamó: Tú, hija infeliz y desventurada, tú

separada de tu marido, del mismo que preferiste á tu encanecido padre! ¿Que te ha sucedido? ¡Ah! mi palpitante corazon bien me hablaba: sus latidos eran otros tantos pronósticos indicadores de lo que está pasando. ¿Habrá quizas aquel libertino y perjudicial monstruo hecho un total abandono de su familia?

Nada de esto me coge de susto, ya lo sabia; mi leal corazon me lo indicaba. (Y volviéndose á los nietos y abrazándolos, continuó:) Y á vosotros, dos veces hijos, ¡que padre tan cruel y fementido eligió el hado en Morundi! Mas os valiera no existir.

Sin embargo, prosigió, tanto vosotros como mi amada hija vuestra madre, hallaréis en mí un cariñoso y benigno padre, un protector que sabrá educar sus queridos nietos cual corresponde á su carácter; y partirá con

vosotros gustosísimo un pedazo de pan; y cuando de este careciese sabria ir arrastrando por ese mundo á pedir una limosna por socorrer vuestra indigencia.

Mas tambien os digo que ni vuestras lágrimas y sollozos, ni los de vuestra desconsolada y afligida madre ablandarán mi endurecido pecho en favor del tirano á quien acabais de dejar. Viva enhorabuena con entera libertad y desahogo entre sus depravados vicios: sean el juego, la embriaguez y las deshonestidades los ídolos á quienes queme inciensos: que el cielo, el justo cielo sabrá darle el merecido castigo.

Destinó uno de los aposentos mas capaces de la casa para Matilde y demas huéspedes á quienes comenzó á instruir haciendo veces de padre. Distribuyó las horas del dia hacién-

doles emplear unas en la enseñanza perteneciente á las labores del bello sexo, otras en la de los dogmas de la religion, cuya instruccion él amenizaba con ejemplos; guardando en fin otras para los inocentes recreos. De este modo se propuso formar de sus rústicas é ignorantes nietas, unas jóvenes amables, prudentes, dóciles y laboriosas con el auxilio de unos sanos principios y pura moral.

Habria Carreccioli sin mucha dificultad conseguido sus designios, por ser todavía tiernas las infantas que se proponia educar y capaces por consiguiente de recibir con facilidad cualquiera forma que pretendiere dárselas, á no haber un fatal accidente causado tal impresion en su cerebro, que le arrastró hasta la mas estremada locura y con ella al sepulcro.

Un rico comerciante de Ancona,

corresponsal de Carreccioli fué declarado en estado de quiebra. Como este tuviese mezcladas grandes sumas con las del comerciante que habia hecho banca-rota, con el cual tenia compañía vinculada con los estrechos lazos de la amistad, no fué el menor partícipe de los desgraciados efectos producidos por la quiebra.

En poco tiempo se vió cargado con el pesado gravámen de centenares de letras de cambio contra él libradas á breves plazos y de enormes sumas, las cuales hubo de satisfacer con exacta puntualidad. Al ménos tuvo que desembolsar valor de doscientos mil pesos sin poder aun cubrir los giros: á que se agregó la pérdida de infinidad de géneros suyos que formaban parte del capital de la compañía, los cuales por desgracia estaban á la sazón en manos del quebrador.

Al ver Carreccioli su honor así abatido despues de haber hecho los mayores esfuerzos para sostenerlo: al mirar que lo que le habia quedado, si bien era suficiente para cubrir sus deudas y con lo restante pasar aun con alguna decencia la vida, no podia sin embargo tranquilizar su corazon, pues era tan escrupuloso que se le figuraba que todos hablaban de su quiebra y le tendrian en mal concepto. Todo esto unido á las nuevas que diariamente recibia de los continuos escesos ya incorregibles que á cada paso cometia Morundi léjos de su familia, consolado y aun gozoso por su ausencia y deseoso de no volverla á ver jamas, causò tal impresion en el anciano que dia y noche no cesaba de cabilar. La soledad era su compañera, los suspiros sus amigos y consoladores, y la prevaricacion su

tranquilidad y su reposo.

Comenzó por hablar á las solas, por sacar conversaciones infructuosas y fuera de caso, pasando de unas á otras, y por último fué por grados perdiendo el juicio hasta que cayó en una total y furiosa locura.

¡ Cuan sensible fué para Matilde este desgraciado suceso! El único, el solo amparo de ella y de sus hijas habia ya cívilmente muerto; ya no podia mirar los varios intereses que aun les quedaban: ella no era apta para atender á los cuidados de las haciendas, y cualquiera con facilidad podria engañarla. Vióse obligada á poner sus intereses en manos de un mayordomo, de aquel que entre muchos pretendientes le pareció el mejor, y á quien dió amplias facultades para obrar en todo absolutamente conforme le dictara su prudencia.

Lope (así se llamaba el mayordomo) dió bien pronto pruebas irrevocables de talento, disposicion y lealtad; y esto hacia á Matilde estar en algun tanto gozosa por la satisfaccion que le cabia de haber tenido buen acierto en la eleccion. *¡ Oh cuan cierto es que es muy difícil conocer el corazon humano aun despues de haberle sondeado largo tiempo!* Lope promete hacer la felicidad de aquella casa, y tal vez llegará un dia en que el mismo Lope contribuya á acabar de derrocarla.

Morundi entre tanto, no contento con aumentar diariamente sus torpes y licenciosos delitos, añadió otro mas escandaloso y execrable (si cabe) que los anteriores. Pretestó que su esposa habia fallecido en España, para lo cual falsificó los precisos documentos que pudieran dar entera fé y crédito,

y trató de formar nuevos lazos matrimoniales con cierta muger soez y de baja esfera con quien trataba, la cual era habida por viuda, y que no merecia gran concepto en aquella isla, pues públicamente daba en su casa entrada á cuantos marineros arribaban en aquel puerto, sin escepcion de clases; algunos de los cuales, compañeros de su marido, afirmaban haberle visto morir en uno de los viajes que juntos con él habian hecho á Guinea.

Ella, por elevarse al estado de señora no vaciló en dar el sí al supuesto viudo. Como habia testigos oculares que justificaban plenamente la muerte de su esposo, no hubo reparo de parte del gobierno eclesiástico en estender la licencia y llevar adelante el matrimonio hasta su cercana consumacion.

Cuando todo estaba dispuesto para

la boda, los novios ataviados, los convidados aguardando impacientes el instante del refresco, y los prometidos esposos el de ser unidos con el vínculo de himeneo: cuando todo era bulla, regocijo y alegría, llaman á la puerta: abre la novia, y dando un horroroso grito y algunos trémulos y vacilantes pasos atras, como queriendo huir de aquel que solicitaba entrar; cae desmayada.

Acuden todos los circunstantes á su socorro, y en particular Morundi, quien al verla así insultada en tierra, la coge entre sus brazos, exclamando: ¡Oh amada mía! ¿Que te sucede...? ¿Que es esto...! (Y encarándose al desconocido) ¿Quien sois y que quereis...? Y vos, ¿que haceis aquí? (Replicó airado el reciénvenido) — ¿Como, que hago? estoy en mi casa. — ¿En vuestra casa? Salid pronta-

mente de ella sino quereis probar mi furor; dijo, dando al mismo tiempo fuertes tirones al brazo de Morundi y empujándole hácia la puerta. Este dió una bofetada al forastero y ámbos se agarran.

Los concurrentes, miéntras unos socorren á la exánime desmayada, otros se ponen de por medio y tratan de esparcir los lidiadores; mas son vanos cuantos esfuerzos hacen para conseguirlo. Logra el reciénllegado vencer á su ribal, cae este en tierra; y llevado aquel de la ira echa mano á una daga que llevaba oculta, y que deja clavada el aleve en el corazon del desventurado Morundi, quien en breves instantes espira revolcándose en su propia sangre. *Tal fin aguarda á los hombres viciosos y deprabados.*

El asesino se da á la fuga; pero al salir por los umbrales de la puerta,

tropieza con la justicia que sabedora del escándalo, acudia á sosegarlo. Advierte esta en el semblante pálido é imutado de aquel hombre, ser el agresor: confirma sus recelos la sangre que teñia sus manos y que estaba salpicada por su cara y vestiduras; y manda prenderle.

A la òrden del juez arrójanse sobre él los ministros, y lo atan codo con codo. Introdúcese el juez y demas comitiva en la estancia, y ven con horror aquella triste escena: un cadáver ensangrentado, y una muger que anegada en llanto lo abrazaba. Entran los ministros al reo, quien al ver aquel cuadro, esclama lleno de cólera: *Vil muger, tu infidelidad conduce al patíbulo á tu infeliz marido.* La muger al oir estas palabras volvió á quedar sin sentido.

El juez preguntó al preso si sabia

quien habia dado muerte á aquel hombre; y él sin detenerse respondió con entereza y prontitud: Mi propia mano. — Y ¿por que motivo? — Apenas he saltado en tierra ha llegado á mis oídos la fatal nueva de que hoy mismo iba esa infame muger á consumar nuevo matrimonio con ese monstruo: en seguida me le presentó solícito y presuroso aquí para evitar un enlace clandestino. Mi objeto no era otro que remediar tamaño atentado con mi presencia; mas viendo de una parte á mi esposa (mal dije) á esa horrenda fiera convertir en odio, espanto y miedo el amor que ántes me manifestaba, y de otra á su amante y pretendiente entre afligido y colérico dar evidentes y manifiestas pruebas del mas acendrado cariño hácia ella, ya sosteniendo su cabeza en el desmayo, ya despreciando y vituperán-

dome con altanería; no pude contener el raptó de cólera que en aquel instante me invitó á asesinarle, para vengar con una muerte el feraz atentado que iban entónces mismo á poner en ejecución mi infiel esposa y su protervo amante. Moriré sí; pero moriré con el consuelo de haber dejado mi honor vindicado.

Informóse en seguida el juez por los presentes de quien era el difunto y como habia sucedido la muerte: estos satisficieron acordes, y fueron en el acto puestos en libertad; dada sepultura al cadáver, y conducido el delincuente á la cárcel. Este tuvo una noche la maña de escalarla y juntamente la de eximirse por medio de la fuga de pagar su delito en una plaza pública.

Siempre hay adelantados que se complacen en ser los primeros anun-

ciadores de una mala noticia, y así sucedió en esta ocasion. Un íntimo amigo del difunto Morundi á quien este habia no solo declarado su proyectado matrimonio, si que tambien aquel habia sido cómplice en la falsificacion de los documentos, fué quien, viendo el trágico fin de su camarada, se propuso dar el trago mortal á Matilde, quizas con el doble fin de que no sobreviviese á su marido: á este objeto sin duda le dirigió una carta concebida en estos términos:

Muy señora mia; paso á notificaros la violenta muerte que acaba de padecer Morundi. El mismo esposo de su prometida consorte, con la cual ya el matrimonio estaba para consumarse, lo ha asesinado. Por consecuencia su objeto no era pensar mas en Matilde ni en sus hijas. Para que quedeis mas satisfecha os remito ad-

junta la partida de difunto. Solo la caridad ha movido á participaros tan fatal suceso á este vuestro rendido servidor — N.

Aun Matilde no habia concluido de leer la carta, cuando quedó postzada en tierra sin sentido. Sus amadas hijas y mayordomo acudieron á su socorro. Las jóvenes y tiernas criaturas se deshacian en penetrante llanto al ver su madre apoderada de mortales agonías. Corren los domésticos, unos en busca de acreditados facultativos, otros de prontos y eficaces remedios para volverla en sí. Llegan los médicos; consultas, recetas, medicinas nada basta á retornarla. Resolvieron finalmente sangrarla, con lo que al cabo de algun rato pudieron conseguir que fuese dando, al principio remotos, y despues próximos indicios de vida.

Fué aunque muy lentamente recobrando los sentidos, y despejándose al paso que con el llanto desahogaba su oprimido corazón. En medio de los sollozos mezclaba algunos ayes, y con estos pronunciaba, aunque interrumpidas, las palabras *¡caro y tierno esposo mio...! ¡infelices y huérfanas hijas...! ¡ya no os queda otro consuelo ni otro amparo que el del cielo!* Estas y otras semejantes eran sus espresiones.

Abrazaba á sus hijas, apretaba la mano á los médicos y tomó tan á pecho la fatal nueva, que abría llegado al punto de desesperacion, si las continuas reflexiones de unos y otros no hubieran logrado sosegar su exasperado juicio, por medio de sabias y prudentes reconvenções. Mas al cabo pudo recobrar del todo su natural sosiego.

A este tiempo tomó tal asiento la locura en el cerebro del anciano Carreccioli, que furioso no conocia ni aun á su propia hija. Causaba lástima el ver como se habia trocado aquel sano y sosegado juicio del venerable padre de Matilde, en un continuo frenesí. Su gesto colérico, sus salientes ojos desjarretados, un mirar furioso, ciertas contorsiones que hacia con la boca, las ridículas muecas y ademanes; el hablar precipitado unas veces, pasando de una á otra conversacion, y otras los fuertes gritos y chillidos que daba; los vestidos destrozados, sucio y asqueroso todo su cuerpo; estado tan lamentable amedrentaba al propio tiempo que enternecia á cuantos le veian. Pagó al cabo de tanto padecer de este modo el desventurado Carreccioli, el tributo á la muerte. Nuevo sentimiento para la

aflicida Matilde; pues aunque el lastimero estado de su padre le causaba una continua tristeza, sin embargo la sombra sola del hacedor de sus dias le hacia en algunos ratos desvanecer de su imaginacion los funestos recuerdos de sus infortunios. — Mas ahora, se decia, ¡que ha de ser de mí huérfana y viuda! ¡Y que de estos dulces y alagüenos pedazos de mi corazon, próximos ya á entrar en la edad puérbta, en la edad de los peligros!

¡Oh Lope! continuó, tú solo eres mi consolador, mi padre, mi amparo: compadézcame las lágrimas que derrama una triste viuda, huérfana y madre.... Cúidate en todo y por todo de los escasos bienes que nos quedan; haga una prudente economía que mis amadas hijas no padezcan: en tus manos lo dejo todo.

Señora, replicó el mayordomo,

¿estais bien penetrada del acendrado interes que me tomo por vuestros bienes? Pues aun quiero daros otras pruebas mas convincentes de mi celo en favor de vuestras haciendas. El modo que os convenza de que soy incapaz de abandonar ni á vos, ni á vuestras hijas al capricho del hado, es (si no os soy indiferente) daros palabra y mano de esposo. Así ni vacilareis, ni estareis con zozobra y sobresalto, ó á lo ménos temerosa de que uno ú otro dia os abandone. Considero que no reuno las apreciables cualidades que adornaban á vuestro marido.... mas con todo me esforzaré lo posible en complaceros, al propio tiempo que procure por el bienestar de vuestras hijas, á quienes miraré como propias; por la produccion de las haciendas y economía doméstica.

Matilde contestó á su pretendiente

que eran esas cosas árduas, que debían meditar-se despacio; y así que despues de haber hecho maduras reflexiones sobre ello, resolvería.

Entró aquella noche la afligida Matilde en cuentas consigo misma. Las intenciones eran no volver á contraer nuevo matrimonio, pues habia quedado mas que harta del primero. Consideraba sin embargo que una viuda con tres hijas y que ya comenzaban á ser mugeres, era semejante á un árbol sin sombra: que una casa sin hombre es un cuerpo sin cabeza, mayormente cuando hay algunos intereses que manejar: y por último que no habia comparacion entre el difunto Morundi y Lope, pues aquel era vicioso y holgazan, mientras este daba pruebas de pacífico y laborioso.

No quiso resolver por sí sola; consultó con otras personas de gra-

vedad y suposicion, quienes, despues de previstas y meditadas profunda y detenidamente las ventajas ó desventajas que podrian seguirse á Matilde del nuevo enlace, fueron de parecer que no solo la convenia efectuar el matrimonio con Lope, vistas sus recomendables circunstancias y las en que ella se hallaba, sino que casi estaba obligada á llevarlo á efecto por la prosperidad de sus intereses y futura felicidad de sus hijas.

Aconsejada ya, descansó Matilde en cierto modo; tranquilizó su corazón y dió el sí á Lope, esperando cuanto ántes consumir su lazo, no por amor, sino por precision. Desde entónces comenzó Lope á obrar con mas libertad y á disponer de los bienes como si le fueran propios; y desde entónces tambien supuso enviar á su pais distante mas de cien leguas de

Valencia, por los documentos correspondientes para efectuar el matrimonio.

Cada día Lope se grangeaba mas la voluntad de Matilde: las tiernas y dulces caricias que hacia á las niñas, la exacta prontitud en cumplir con sus obligaciones y el deseo ferventísimo de ser esposo de la viuda de Morundi, hicieron á esta cobrarle al principio cierta inclinacion, y despues una pasion ciega y desenfrenada.

Ya no vivia sin Lope: Lope era todo su contento, todo su placer y toda su dicha: á su lado se contaba feliz; léjos de él se habria considerado la mas desventurada de las mugeres.

Cuando quiso reflexionar sobre su desmedido y perjudicial amor, ya no estuvo á tiempo Matilde, pues incauta se habia rendido á las abominables

solicitudes del perverso engañador: fuéle por consiguiente forzoso continuar del mismo modo, con la esperanza de que algun dia alcanzaria la mano de Lope. *Mas ¡ah, vana esperanza, infiel seductora de la virtud, cuantos infortunios, cuantos desastres sueles causar en el bello sexo, que sin premeditar confia en tí y se arroja atrevido en los brazos de la audaz y perversa seducccion, escollo y ruina de la inocencia!*

Ya Lope convencido del entrañable cariño que Matilde le profesaba, y satisfecho de que jamas le olvidaria, entretenia con mil escusas su pretendido matrimonio, pretestando que no querian sus padres consentir en que tomara estado, y que aguardaria pues eran ya muy viejos y por consiguiente de corta vida, á que falleciesen, por no darles tal disgusto. La cie-

ga Matilde aun vivia con la confianza de ser su esposa.

Ya escedia la pasion de esta obcecada amante los límites naturales; ya no era amor, era frenesí. Lope era árbitro en disponer de los caudales sin necesidad de dar cuenta alguna á Matilde.

Fastidiado sin duda el infame seductor de la incauta viuda, bien fuese porque los años iban arrugando la tez de la misma y desaparecia la hermosura de sus facciones, bien porque habia ya conseguido suficientemente sus depravados é inicuos intentos; resolvió abandonarla: pero ántes quiso cometer la mas baja felonía que cabe en pecho inhumano, la cual puso en ejecucion así como la habia pensado.

Hizo primeramente cambio de los vienes que habia dejado Carreccioli y eran vinculados, por otros vendibles li-

brenmente. Firmadas las actas pasó en seguida á la venta de las nuevas posesiones con el mayor sigilo, y mediante los poderes generales que tenia, ningun reparo hubo de parte del comprador en entrar en ajuste, recibir los documentos, tomar posesion de la hacienda y dar á Lope la suma convenida. Este sin dejarse ver ya de la engañada Matilde, dió aquel mismo dia la vela en un barco mercante á paises estrangeros, sin olvidarse del dinero.

Mugeres frágiles, ved en lo que para vuestra debilidad: sirvaos de leccion el impuro amor de la desventurada hija de Carreccioli.

Esta no pudo ocultar á los ojos de sus infelices hijas que ya entraban en la florida edad, ni á los del mundo, sus desgracias. Se deshacia en amargo llanto, maldecia su suerte, pero ¿cuando? cuando ya no habia

remedio. Recapacitaba sobre sus infortunios, se veía despreciada de los propios que se le habían vendido por amigos, era el objeto de risa en todas las tertulias y reuniones, reconocía el mal ejemplo que había dado á sus hijas, ni aun se atrevía á poner el pié en la calle por temor de ser tildada, y á todo esto se añadía la lastimosa miseria en que se encontraba; y lo peor sin remotas esperanzas de poder algun día no ser feliz, sino ni siquiera poder alcanzar el mas necesario sustento.

A esta sazón Polonia, la mayor de sus hijas, contaba ya quince años, y las otras dos Julia y Esencia trece y once. Criadas en la edad en que es mas necesaria la sana moral sin aquellos principios de educación capaces de formar una jóven de bellas y excelentes cualidades, y sin freno

alguno, no las costó mucho desencaminarse, entregándose fácilmente á los provocativos deliquios de los primeros amadores que se les presentaron.

Un capitán de las tropas que guardaban la ciudad, comenzó á obsequiar á Polonia, jóven incauta y sin experiencia, que siguiendo el ejemplo de su madre, fácil en dar crédito como ella á las tiernas y estudiadas palabras de que se valen los que audaces pretenden rendir á su impuro amor las inocentes víctimas para sacrificarlas en las aras del capricho, no vaciló en corresponderle.

Matilde, aun no escarmentada de lo que suelen ser algunos hombres, imaginaba que los fines de Liberto (así se llamaba el capitán) para con su hija eran honestos; por lo que desde luego no tuvo reparo en darle entrada en su casa, la que él frecuentaba con

la mayor familiaridad y confianza.

Polonia y Liberto se amaban en extremo; y como su amor no era vigilado, con facilidad pasó del estado de pureza y castidad al de lascivia: tomando por último tan poderoso asiento en los corazones de entrámbos, que sin poder ya ocultarlo le dieron estensa publicidad.

Comenzó á sospechar la madre lo ilícito de la ciega pasión que Polonia y Liberto se profesaban, y aun llegó á estar mas que convencida de la verdad. Quiso entónces poner freno; mas en valde, ya no era tiempo; habia fermentado demasiado, y profundizado sus raíces hasta el centro de los senos de sus corazones el perspicaz amor, el cual desplegando su altanería, no se ocultaba de habitar en los pechos de los enagenados amantes; ántes por el contrario hacia alarde de morar en ellos y dominarlos.

Quiso reprender Matilde la imprudencia de su hija; pero esta, apoyada en las promesas de Liberto, dijo á su madre que este le habia prometido su mano; y que caso no le cumpliese la palabra, obraria ni mas ni ménos del mismo modo que Lope respecto á ella: y por último que no hacia mas que seguir en todo las huellas marcadas por ella misma.

Esta inesperada respuesta de una hija indócil causó la mas desagradable sensación en el corazón de la inquieta Matilde, quien entónces mas que nunca reconoció hasta el extremo adonde habia remontado sus desvíos.

Por eso el buen ejemplo debe ser el norte de una madre, que pretende como tal poner freno á las dolosas distracciones de una hija pervertida.

A pesar de todo, Liberto en aquel entónces habria llevado al cabo su

matrimonio, á no haberlo interrumpido los accidentes de la devastadora y cruel, aunque siempre gloriosa guerra de nuestra independencia; pues á esta sazón tenía ya pedido el real permiso para consumir sus designios.

A poco fué Valencia asediada por numerosas huestes enemigas, que entendidas por las inmediaciones todo lo destruían y asolaban.

Llegó el tremendo, el pavoroso instante de ser bombeada la plaza. En este conflicto no tenía otro consuelo, otro alivio la afligida Polonia que los breves y hurtados ratos que su amante iba á visitarla; pasando el resto del tiempo en la mayor consternación y zozobra, aguardando de uno á otro momento la noticia de que Liberto descansaba en la eternidad.

Cuando este estaba separado de su amada guardando una batería ú otro

punto interesante, presagiaba que alguna de las innumerables bombas y granadas que sin cesar poblaban los aires, habría caído en el lecho de su adorada Polonia y robádole aquel vivificante calor que la alimentaba, y sostenía sus incomparables gracias. Mas por fortuna nada de esto sucedió, y ámbos queridos sobrevivieron á las muchas víctimas sacrificadas por la sangrienta cuchilla francesa.

Capituló la plaza, y las tropas que la guarnecían fueron hechas prisioneras de guerra y conducidas á Francia, cabiendo esta suerte á Liberto que frenético y como fuera de sí habría preferido perder mil vidas á separarse de su amada. Esta, ciega hasta lo sumo juró seguirle y sufrir con valor y constancia cuantos padecimientos la suerte á entrambos deparase. Encubierta bajo el nombre aparente de legíti-

ma esposa, partió al tercer día de la rendición de la ciudad con Liberto, sin hacer de ello sabedora á persona alguna de su casa, temiendo interrumpiesen la marcha y estorbaran sus descabellados designios.

¡Cual fué el dolor que oprimió los afligidos corazones de su madre y hermanas al notar la falta de Polonia! Lloraba amargamente Matilde su perdida hija, y Julia y Esencia á su cara hermana; y aunque las tres trataban de consolarse mutuamente, sus pechos habian cedido al dolor, y sus mentes no podian dar lugar á la reflexion.

Muchas, pero vanas fueron las diligencias hechas por Matilde para averiguar el paradero de su hija, porque los cautelosos amantes de antemano prevenidos, y recelosos de que la madre de Polonia enviase tras ellos algun

perseguidor, ó quizá se arriesgara ella misma, dispusieron seguir distinta ruta el uno del otro hasta haber atravesado los Pirineos, dejando así burladas las intenciones de Matilde.

Entraron Polonia y Liberto en territorio frances, y desde entónces continuaron sufriendo unidos los infortunios consiguientes al estado de prisioneros en que se hallaban en el depósito de Amiens, insoportables en los principios, y mas llevaderos al paso que iban adquiriendo conocimientos con los moradores de la poblacion, que compasivos salian fiadores de ellos, los llevaban á sus casas, los alimentaban y vestian, y aun llegaban á instruirlos en algunas artes mecánicas y fabriles.

No fueron en esta parte desgraciados Polonia y Liberto, á quienes albergó en su casa un rico frances lla-

mado Mr. de Lis court, enemigo acérrimo de Napoleon, y por consiguiente íntimo aliado de los desgraciados, á quienes obligaban las corvas cuchillas francesas á bajar la cerviz y rendir las armas á sus plantas.

Cada dia se grangeaban mas los dos prisioneros la voluntad de Mr. de Lis court y su familia, quienes admiraban en Polonia un singular modelo de virtud y amor hácia su esposo, y en Liberto un casto marido que correspondia á su compañera cual ella se merecia. Hicieron tan bien el papel de esposos, que á nadie pasaba por la imaginacion creer que aquellos dos seres no estuviesen unidos con el sagrado nudo matrimonial.

Llegó á tal el extremo de confianza que Mr. de Lis court hacia de sus huéspedes, que ellos mandaban y disponian á su antojo; eran obedecidos

con puntualidad de los domésticos, disfrutaban de la propia mesa de su favorecedor, y en una palabra formaban una sola familia con la de la casa. La fingida esposa de Liberto y una hija jóven que habia quedado al viudo Mr. de Lis court estaban unidas como hermanas.

Polonia se contaba feliz al lado de su amante, daba por bien empleados los padecimientos que habia sufrido siguiendo á Liberto, y no ansiaba otra dicha que su compañía: bien que esto la tenia á veces zozobrosa y melancólica, contemplando que aquel amor era libre, y que mil incidentes podrian hacer que su amado la abandonase el dia ménos pensado. Eran estos recuerdos otras tantas aldabadas que daban en su corazon y le retraian á la vez á la memoria del modo que habian quedado su afligida madre y hermanas,

y hasta el extremo á que la habia arrebatao una ciega y desenfrenada passion. Estos mismos recuerdos y temores la invitaban de tanto en tanto, particularmente cuando observaba en su amado un semblante risueño y placentero, á indicarle cuan conveniente les seria el tratar de salir de aquel género de vida que llevaban: á lo que Liberto respondia, que cuando se decidiera la campaña ó la suerte les fuese mas propicia, sabia cumplir su promesa; pero que entónces era absolutamente imposible ponerla en práctica, por quanto estaban recibiendo infinitas mercedes y dones de Mr. de Lis court, quien los tenia en muy buena opinion: y que declararse á él, ó hacer cosa alguna que pudiera llegar á sus oidos ó hacerle sospechar, era querer decaer de su concepto, y esponerse á sufrir de nuevo las insoportables miserias y

penalidades del depósito.

Estas razones convencieron á Polonia y sosegaron en cierto modo su sobresaltado espíritu, esperando el éxito de la guerra para obtener la mano de Liberto.

Este y Mr. de Lis court estrecharon tanto su amistad, que se descubrieron sus pechos, y llegó aun mas á su colmo la confianza, cuando vieron que ámbos estaban impregnados de unos mismos sentimientos, de una misma moral é iguales deseos.

Cierto dia, estando Mr. de Lis court y Liberto á solas leyendo las gacetas que acababan de llegar por el correo, y que hacian mencion entre otras noticias relativas al estado de la guerra en que á la par ardia toda Europa, de las grandes disposiciones tomadas por la Rusia para rechazar las tentativas de Napoleon, y las de

este para apoderarse de aquel vasto imperio, aconsejó el frances á su amigo, y le habló así: Este golpe va á decidir la suerte del antiguo continente, de cuya decision resultará nuestra perpétua felicidad, ó eterna desgracia. Van á presentarse en los campos de Marte dos numerosos ejércitos; la lucha será sangrienta, pero terminada. — ¡O quien tuviera el honor de encontrarse en ella y derramar, si necesario fuese, hasta la última gota de sangre! Esto dijo Liberto con cierto espíritu guerrero que indicaba bien los deseos que le animaban. — Fácil cosa es, interrumpió su protector. — ¿Y como? — ¿quereis verlo? — Sí; de buena gana. — Pues preparaos para marchar mañana mismo. — ¿Y adonde? — Al ejército ruso. — Como? — Ya lo vereis; sin ninguna esposicion: yo garantizo vuestra vida, hasta llegaros á unir con las le-

giones compuestas de una gran parte de vuestros compatriocios que sirven al emperador Alejandro. Para lograrlo jurareis homenaje á Napoleon y manifestareis al mismo tiempo vivos, aunque aparentes deseos de ir á lidiar con las tropas rusas. Cuando os halleis al frente de los reales de estas, rogais se os permita cubrir el punto mas arriesgado; allí tendreis desde luego oportunidad de aumentar las filas rusas. Vuestra esposa entre tanto quedará á mi cuidado; y luego que las armas hayan decidido la suerte de los pueblos, podreis volver á uniros á ella. Y os advierto que si por desgracia (lo que no es de esperar, pues el Dios de los ejércitos protegerá como siempre la justicia) nuestras esperanzas salieren fallidas, en todo tiempo tenéis en mí un amigo, un protector y un padre.

Resolvióse sin vacilar Liberto, é inmediatamente pasó á comunicar á su amada su ánimo. Esta convino desde luego en todo, ménos en separarse de él; siendo infructuosas cuantas reflexiones y fundados cargos le hacian su pretendido esposo y Mr. de Liscourt acerca de lo conveniente que le era quedarse á cargo de este. Polonia insistia tenaz en seguirle, presumiendo que cuantos consejos le daban en su favor y por su bien, eran otros tantos ardidés y estratagemas de que se valia Liberto para abandonarla: llegando por último á tal el estado de sentimiento y dolor, que en ménos de un cuarto de hora se vió atacada de tres insultos, y en los cortos intervalos que discurrían de uno á otro, impelida de una especie de arrebató, abrazaba estrechamente el cuello de su amado, exclamando: ¡Tú quieres

acabar de perderme...! ¡Ya te has cansado de mí...! ¡Ah Liberto, Liberto! ¿de este modo me pagas el acendrado, el entrañable amor que te profeso...?

Viendo imposible calmar el agitado espíritu de Polonia, dispuso Liberto llevarla en su compañía; y apenas la ciega amante oyó la dulce y espresiva palabra de que iria con él, cuando convirtió el llanto y los lamentos en suaves sonrisas acompañadas de tiernas miradas, que daban á conocer lo bastante la alegría que reinaba en su corazón.

Aquel mismo dia se presentó Liberto acompañado de su fiador al comandante del depósito, ante quien prestó esteriores juramento á las banderas de Napoleon. En el acto le fué devuelto el empleo de capitán que en España obtenia, y diósele á reconocer

por tal en el ejército francés.

Algunos de los prisioneros oficiales sus compañeros quisieron seguir su ejemplo, de los cuales, á unos animaban las mismas intenciones que á Liberto; otros lo hacian por salir de aquel mísero estado de esclavitud, y los mas por volver á recuperar sus antiguos destinos, presumiendo ya perdida la causa que hasta entónces habian defendido. *¡ Cuantos militares son de este modo infieles á las banderas que juraron!*

A poco partieron los juramentados del depósito. Mr. de Lis court y su familia se despidieron no sin pesar de sus huéspedes y amigos, y estos correspondieron á sus favorecedores con iguales demostraciones de reconocimiento, que manifestaban bien los estrechos abrazos y tiernas lágrimas que vertian en el acto de la despedida que

se repitió mas de seis veces, haciendo en todas ellas nuevas ofertas de eterna amistad los unos á los otros.

Después de una larga y penosa marcha en la que sufrieron los renovados militares incómodos padecimientos por lo crudo de la estación, llegaron á Kuskat en Rusia, y fueron colocados en una division compuesta de varios cuerpos de juramentados de distintas naciones, que á la sazón observaba los movimientos del ejército ruso.

Liberto siguió en todo los consejos de su amigo. Manifestó entre sus compañeros una decidida adesion al gobierno del Emperador de los franceses, con lo que era tenido por un exaltado napoleonista. (*¡ Como saben los hombres fingir cuando conviene!*) Esto le hizo merecer la confianza de sus superiores, quienes contaban con él

para las mas árduas empresas, las que él se prometia desempeñar con gloria, prontitud y honor.

Un dia se le confió un puesto bastante arriesgado y á que amenazaba el enemigo, el cual le fué conferido para que lo cubriese con su compañía. Polonia, como lo tenia de costumbre cuando su amado estaba de faccion, fué al puesto abanzado, con el fin de acompañar á su querido en la cena. Iba á retirarse á la hora regular; mas Liberto la detuvo, dándole á entender con una misteriosa mirada lo que no era posible esplicar delante de algunos subalternos que estaban presentes. Prosiguiéron pues sobre mesa brindando y bebiendo por la salud del Emperador. Ordenó tambien el comandante repartir vino y aguardiente á los soldados, que entre mil vivas y aclamaciones se quedaron dormidos

en el mas profundo sueño, rendidos por la bebida. Hasta las centinelas no pudieron resistir los efectos de la embriaguez y estaban reclinados contra los peñazcos ó ribazos con las armas abandonadas.

Luego que Liberto y dos de sus amigos y secuaces ya de ante mano advertidos, juntos con Polonia, observaron á todos aletargados, comenzaron á discurrir por el recinto, fingiendo recorrer las centinelas. Apénas hubieron logrado pasar la última sin ser vistos, apresuráron la marcha; y al rayar el alba se vieron delante de las descubiertas rusas. Entónces, ántes que estas los tuvieran por enemigos y se dispusieran á atacarles, ató Liberto un pañuelo blanco á la punta de la espada para darles á entender que no eran contrarios, y corrieron precipitados á unirse á ellos.

Allí fueron recibidos con mil agasajos y demostraciones de júbilo, y conducidos ante el general del ejército, quien llenó de satisfacciones á Liberto, é inmediatamente le destinó á uno de los regimientos españoles que habiendo sido hechos prisioneros, y fugádose de entre los franceses, servian entónces bajo las banderas del emperador de las Rusias.

A poco tiempo fué nombrado Liberto fiscal de las causas ocurridas entre los españoles. Con las varias que le fueron entregadas le fué tambien remitida la sumaria de un capitan cajero español, acusado de haber sido cogido próximo ya á las abanzadas enemigas, al tiempo de pasarse con todo el dinero del fondo de su cuerpo á los franceses. Pasó Liberto acompañado del escribano á la prision, para tomar la competente declaracion al acusado

y seguir la causa segun los trámites marcados por la ley.

Apénas se vieron el fiscal y el preso, cuando se quedaron parados mirándose el uno al otro, como que sus semblantes no les eran desconocidos. Al cabo de pocos instantes fué el primero el encarcelado en decir, abrazando al fiscal: Ah señor de Liberto, toda vez que mi causa ha caido en vuestras piadosas manos, en ellas dejo tambien mi suerte, y viviré descansado, persuadido de que, como compatricio y antiguo conocido, hareis en mi favor cuanto esté de vuestra parte. — Tengo presente haberos visto y no sé donde, replicó Liberto. — Donde? ¡ah! me avergüenzo al decíroslo; mas ello es preciso descubrirme; dijo turbado el preso, y prosiguió: En Valencia en España. Mi avaricia me ha conducido á este estado. ¡Oh cuantas

veces me ha remordido la conciencia, considerando que habré sido quizas causante de mil fatales infortunios! ¡Oh cuantas funestas consecuencias habrá ocasionado mi ingrato proceder! — No vengo en conocimiento de quien seais, ni en que casa os conocí. — Nos conocimos; ah! enmudezco... no puedo pronunciar su nombre sin que vaya acompañado de lágrimas.... Nos conocimos en casa de Matilde, de aquella incauta y sencilla madre que dejada seducir de un tirano, de un vil, de un canalla; de mí, de Lope; ha perdido su reputacion, su honor y sus intereses. — Vos Lope...? ¡Que oigo! ¡Vos Lope...! ¡En que estado os veo!

Un profundo silencio sustituyó estas últimas palabras. Quedaron ámbos cortados sin saber lo que les pasaba: hasta que desahogando el primero su pecho con abundante llanto, con el cual

daba pruebas de dolor y arrepentimiento; y despues de haber el segundo recapitado la suerte que á aquel desgraciado habia cabido, pudieron continuar la narracion, que prosiguió Liberto preguntando á Lope: Y ¿como habeis venido á parar aquí? — Cuando huí con el dinero de Matilde, respondió el acusado, pasé á Francia, en donde con el caudal que llevaba junto con el de otro compañero, nos pusimos á negociar, fletando un barco por nuestra cuenta. Las ganancias eran partibles en iguales porciones; pero el genio raro de mi amigo, aunque de buena índole, me hizo aborrecerle y unirme al patron del buque, hombre de mundo y por consiguiente perspicaz. Coligámonos entrámbos; y una noche arrojamos mi compañero al agua, dimos á la tripulacion una picotilla para que guardaran sigilo, pasamos

al Austria, vendimos nuestras mercancías en el puerto de Zergos juntamente con el barco, y nos trasladamos al imperio ruso, en donde los dos fingimos ser capitanes españoles, hechos prisioneros en la plaza de la celebérrima Zaragoza, y escapados del depósito de Burdon.

La avaricia, mal insaciable que cuanto mas tiene mas procura, me incitó á seducir á mi amigo, el cual sin mucha dificultad y á pocos ruegos convino en seguirme. Esplíqueme las intenciones que me animaban de fugarme con los caudales del cuerpo, y unidos emprendimos la marcha hácia los reales enemigos. Fuimos vistos por una centinela, quien tuvo el acierto de matarme el caballo, y en seguida fuí cogido por nuestra propia avanzadilla. Mi compañero fué mas afortunado; pues consiguió presentarse sin lesion

á los franceses. Ved aquí sustancialmente lo mas esencial de mi historia.

Tomó despues Liberto declaracion formal á Lope haciéndole las preguntas de trámite, que el escribano anotaba; y despues de leida la declaracion con todo el ceremonial que exigen tales casos, se despidió el fiscal del delincuente, quien le reiteró con las mas sensibles espresiones la peticion de que le apoyase como protector y como padre.

Fuése Liberto á su alojamiento lleno de confusiones, pues veia claramente que no podia, no solo librar á Lope del tremendo rigor de la ley que le amenazaba, si que ni aun aliviarle en lo mas mínimo. Habia sido prendido en el acto de la fuga al pasarse al enemigo con el dinero del cuerpo: toda la abanzada eran testigos

oculares, y él ni podía negar ni dis-
frazar la verdad.

Bien notó Polonia alguna novedad en el semblante de su querido, y no pudo ménos de preguntarle que tenia. Mas este disimulando, pretestó ser aquella mutacion efecto de un fuerte dolor de cabeza, y Polonia quedó satisfecha, evitando así Liberto darle un disgusto si le noticiaba que el autor de todas las desgracias acaecidas á su infeliz y desastrada familia, estaba tan cerca: como ni tampoco habia querido darse por entendido con Lope de que Polonia estuviese en su compañía, por no causar mas agitacion en el pecho de aquel desgraciado.

En esto la columna de observacion hubo de retirarse siguiendo los movimientos del ejército, que se replegaba abandonando los puntos hasta entónces ocupados, por no poder re-

sistir las numerosas huestes francesas que invadian el territorio ruso.

Hicieron un dia las tropas un pequeño alto á campo rasó para comer y descansar. Polonia y Liberto sentados á la sombra que les prestaba un arbolillo que en aquella estensa llanura parecia ser el dueño y señor de las solitarias campiñas, se disponian á refrigerar sus fuerzas: cuando de improviso las avanzadas enemigas que discurrían por las vecinas montañas, parecían marchar frente á frente para atacar las contrarias. Al toque de generala los oficiales abandonan la comida, los soldados arrojan los ranchos, y todos presurosos acuden hácia las armas apabellonadas. Los equipages y presos de todos los cuerpos de la division, reunidos y escoltados se apartan del peligro á larga distancia del campo de batalla.

Polonia no sin dolor se aleja de su amado, y sigue unida á la prevencion de su regimiento. Hacen alto los bagages hasta ver el éxito de la accion en una elevada colina, y ¡cual queda la hija de Matilde al ver un preso en quien reconoce á Lope, al causante de todas sus desgracias! Sorpresa, aturdida y al mismo tiempo ruborizada parecia inmóvil. No quedó ménos pasmado Lope cuando reparó en Polonia; pero fué tan atrevido, que corrió presuroso con los brazos abiertos hácia ella, exclamando: ¡O Polonia, hija mia, tú por aquí! Mas Polonia abandonando el peñazco que la servia de asiento y volviendo al mismo tiempo con desdén la cara al otro lado, le dijo: ¡Aun teneis valor, infame, para presentaros ante mis ojos? Un vil, un traidor no merece oír el metal de mi

voz. — ¡Ah! teneis razon; bien merecido tengo lo que paso. Los incomprendibles juicios del Altísimo han sin duda dispuesto vuestra venida para que presente atestigüeis el justo castigo que me aguarda. Dijo, y un raudal de lágrimas autentizaron el fervor y arrepentimiento con que pronunció estas últimas palabras.

La accion se redujo á una escaramuza de corta duracion entre las guerrillas de una y otra parte; y aunque las tropas rusas fueron obligadas á abandonar las posiciones que ocupaban, la retirada se verificó con orden y sin sangre.

Prosiguieron pues en retirada hasta Minsk en donde la columna de operaciones permaneció algunos dias, durante los cuales, concluido el proceso formado contra Lope, se falló la causa en consejo de oficiales generales.

Polonia habia hecho sabedor á Liberto de la impensada entrevista tenida con Lope, y aquel le declaró entónces era él su fiscal. ¡Como! esclamaba el amante de Polonia, ¡como pedir yo al consejo la justa y merecida muerte á que se ha hecho acreedor por sus enormes delitos el infeliz y desventurado Lope! ¡Con que valor voy á estampar mi firma al pié de esta mi conclusion! No es digno de lástima; él ha acarreado inmensos males á una desgraciada familia; mas ¡podrá acaso prescindir de haber sido el único objeto de amor de la madre de mi adorada Polonia!

Todas estas reflexiones tenían á Liberto cabiloso y lleno del dolor mas vehemente. Con todo, era forzoso resolverse: hizolo pues, y volviendo la cara al otro lado estampó temblando su rúbrica en el papel.

A la siguiente mañana se reunió el consejo, se leyó la causa, compáreció el reo, dió el padrino sus defensas, el fiscal su dictámen, y en seguida se pasó á la votacion. Confirmada la sentencia por el general del ejército, ya solo restaba hacer sabedor al delincuente del éxito de su suerte.

Presentóse Liberto en el calabozo para noticiar á Lope la sentencia. Apenas este oyó el ruido de las llaves y cerrojos; cuando lleno de sobresalto aguardaba entre temeroso y confiado el termino de su causa. Entró el fiscal acompañado de una escolta, que vista apenas por Lope, lanzando una rápida mirada al semblante triste de Liberto, y notando en él cierto sobrecogimiento é indecision, exclamó abrazándole: ¡Vais á pronunciar contra mí la cruel sentencia que terminará mis dias! Beba,

beba pronto tan amargo trago. Sí; respondió con palabras interrumpidas Liberto, y haciendo un vivo esfuerzo para acabar de pronunciarlas prosiguió: disponeos para morir.

Una congoja privó á Liberto el poder continuar su deber.

Lope al escuchar tales palabras, llevado de un súbito arrebato, parecia estar fuera de sí. Ya pateaba maldiciendo su suerte, ya se arrancaba las desgreñadas melenas; ora daba voces entre enfurecido y lloroso, y ora en fin sobrecogido cedia conforme al justo aunque duro rigor de la ley, y solo obraba ya en él aquel natural temor de perder la apreciable prenda de la vida; temor que lo hacia postrar á la faz de los que le circuián en el mas lastimero estado de abatimiento: pues que perdidas por último sus fuerzas, se subseguian unos á otros los des-

mayos sin dar ni aun por un instante la mas pequeña cabida, no á la resignacion y conformidad, sino ni tampoco al retorno de sus casi perdidos vitales espíritus.

Cuando volvió de su letargo se vió ya en la capilla rodeado de centinelas, bien asegurado con enormes grillos y cadenas, y aguardando el principio del siguiente dia para dar fin á los suyos. ¡Con que oído atendia y contaba las horas, los cuartos y aun los instantes!

Liberto fué conducido á su casa, en donde á puro espirituosos medicamentos consiguieron volverlo en sí para presenciar la próxima madrugada el catástrofe que amenazaba al en cierto modo infeliz Lope.

Al toque de diana formaron las tropas, y despues de haber regresado las descubiertas, fué conducido por una

escolta Lope al sitio en el que debia ejecutarse la sentencia. Al son del tambor batiente marchaba el reo, habiendo en la última hora convertido en valor, serenidad y resignacion el furor, la desesperacion y temor del antecedente dia.

Para dar pruebas mas positivas del desprecio con que miraba la muerte, dijo con entereza al sentarse en el palo: *No siento morir; siento sí no haber cometido este horrendo delito tiempo hace, para haber sido juzgado ántes que hubiese cometido otros mas execrables, de cuyos funestos efectos han sido participes personas que....*

A esta última palabra fué hecha la señal de fuego, y quedó al veloz impulso de la pólvora dado á las balas, yerto cadáver, aquel monstruo, que desalmado habia con sus maldades sido

la ruina total de una malograda familia.

Ningun delito queda impune, y á veces permite la Omnipotencia que presencien el castigo aquellos mismos que fuéron agraviados, para patentizar de este modo y hacer mas sublime su infinito poder á la faz de los mortales.

A poco de haber Lope pagado su delito, se vió precisado el ejército á continuar apresuradamente la retirada; pues las tropas invasoras, desplomadas en enormes masas, parecian resueltas á penetrar hasta la capital misma del imperio ruso. El desórden y la confusion reinaban en el ejército fugitivo: por do quier que atravesaba obligaba á los moradores á abandonar sus hogares, y á tomar las armas á los que eran hábiles. Llevábanse los frutos; y los que no podian conducir eran

entregados á las llamas, para que así los enemigos no se aprovecharan de ellos, juntamente con los pueblos enteros que quedaban reducidos á cenizas, con el fin de que las tropas francesas ni aun el triste abrigo pudieran encontrar en aquellos desiertos países, cabalmente al amanecer la estación mas cruda y rigorosa del año. Hasta la misma Moscú fué entregada á la voracidad del fuego y convertida en carbones.

Las huestes napoleónicas llenas de soberbia, entusiasmo y furiosa cólera por no hallar un triste pavimento que pudiera albergarlas, y lo peor ni aun encontrar sustento con que refrigerar sus fuerzas, atravesaban impávidas á marchas forzadas las montañas y llanuras con intención de alcanzar al enemigo, resueltas á apoderarse de Moscú y ponerse en dicha capital á

cubierto, para salvarse de los rigores del invierno. Mas salieron esta vez fallidos los planes del mejor campeón del mundo; pues no estuvo á sus alcances el creer que los rusos fuesen capaces de abrasar la primera ciudad de su imperio, consintiendo en perder las inmensas riquezas y preciosidades que la adornaban, ántes que entregarla á sus enemigos.

Estos, acosados del hambre, frío y miseria se vieron forzados á retrogradar. Validos de la ocasión los rusos, cargaron sobre los franceses, que no acostumbrados al temperamento de aquel clima, perecían mas bien por causa de los frios y nieves, que por las armas.

El valiente Liberto, mostrando en una de las acciones dadas su espíritu guerrero, envistió con denuedo y ardor á un oficial polaco que servía en uno

de los escuadrones lanceros de Napoleón, dispersos entónces por los cosacos del servicio ruso. Buscaba este polaco la fuga á escape, mas bien por salvar la vida de su amada, á quien conducia á la grupa de su caballo, por haber quedado en el campo el que ella montaba, que por librar la suya propia.

El perseguido y perseguidor corrian al escape, y el caballo de este mas veloz daba alcance al de su contrario. A la voz de *ríndete*, el polaco responde con un pistoletazo que yerra por fortuna. Echa mano Liberto á sus pistolas, que dispara con tal acierto, que consigue herir mortalmente á la querida del polaco, la cual perdiendo al propio tiempo el equilibrio y el sentido cae precipitada en tierra.

Viendo esto su amante ya no teme la muerte; se detiene, baja del ca-

ballo, y doblando la rodilla izquierda en tierra, reclina sobre la derecha á su amada, diciendo á Liberto: Desahogad sobre mí vuestro furor; pero ántes permitidme dar auxilio al caro, al tierno objeto de mis delicias. Si habeis amado, no creo os negueis á petición tan justa.

En aquel momento convirtió Liberto toda su cólera en humanidad, y apacándose, responde á su enemigo: Nada temais; en mí hallareis humana hospitalidad. Y sacando al propio tiempo bálsamo y bendajes que de hecho llevaba de prevencion por si fuese herido en alguna refriega, iba á aplicarlos en la herida de la desmayada jóven. Mas... ¡que pasmo, que sobresalto se apoderó de Liberto al contemplar aquella desgraciada víctima! ¡Es posible! dijo llorando y abrazándola al mismo tiempo; ¡es posible...!

¡Tú.... muerta á mis crueles, á mis sangrientas y alevosas manos...! Sí; bella Julia.... Y ¡yo, yo he sido tu verdugo, tu bárbaro verdugo...! ¡Oh cielos! ¡cual quedará mi Polonia, tu cara hermana, al saber semejante fatalidad, suceso tan terrible...! Me tratará de tirano homicida, de vil asesino.....

El polaco admiraba el dolor que affigia al vencedor y las muestras de sentimiento que daba de haber herido á Julia; pero el vivísimo deseo de socorrer á su adorada le dejó de mover la curiosidad de hacerle por entónces la menor pregunta.

Atajada la sangre y curada provisionalmente la herida, fué trasladada Julia por su amante y por Liberto á los reales rusos, y colocada en un mísero lecho formado de pajas y mantas, único auxilio que podia dársele

en aquel campamento, á cubierto de una tienda de campaña.

Allí aguardaba ya Polonia solícita á su amado, la cual al verlo llegar ayudando á conducir una muger, movida de curiosidad corrió presurosa hácia él, preguntándole al propio tiempo: ¿Que ha sucedido á esa desventurada? ¿Que es eso? Liberto sin hablar palabra solo trataba de ocultar el rostro de la moribunda; mas fué en vano, porque Polonia llevada de la natural compasion, que en tales casos se escita en los humanos corazones, quiso contribuir por su parte al auxilio de aquella desgraciada, sin poderla persuadir á lo contrario. En efecto, se acercó á la jóven, á quien habian ya dejado en el lecho: observala, repara sus pálidas facciones que aunque desfiguradas por la languidez no le son desconocidas, y arrojase so-

bre ella exclamando: ¡Ah hermana mia...! y queda desmayada.

Liberto y el polaco acuden á su auxilio; este último, que hasta entónces no habia reparado el rostro de Polonia, echa de ver es en un todo semejante al de su adorada Julia: esto y el trastorno de aquella le dejan convencido de que son hermanas.

Corren los facultativos, quienes á fuerza de olorosos espíritus consiguen volver en sí á Polonia, quien comenzó á desahogar su oprimido pecho con fuerte llanto y compasivos ayes, molestando con sus continuos abrazos á la cadavérica Julia, llegando al extremo de disponer separarla á la fuerza de su lado, para que los cirujanos pudiesen curar formalmente la herida de la malhadada jóven y procurasen retornarla. Mas visto esto por Polonia, hizo los mas vivos esfuerzos por so-

segarse á trueque de dar, si posible era, vida á su cara hermana.

Esta aunque lentamente comenzó á dar algunas esperanzas, que poco á poco parecían confirmarse con algunos movimientos que de tanto en tanto hacia: y despues de largo espacio abrió sus entornados ojos. Lo primero que hizo fué dirigir una lánguida mirada á todos lados, dejando clavada su decaida y casi entelada vista por un rato en su amado. Y volviéndola despues hácia donde estaba su hermana, con débil voz y palabras mal pronunciadas dijo: Mil gracias doy al Todopoderoso porque me deja espirar entre los brazos de mi querida hermana, de mi amada Polonia. No te desconozco, acércate y dame un abrazo.

No pudieron una ni otra contenerse, y mezcláron sus lágrimas como en confirmacion del fraternal amor que

se profesaban. Despues prosiguió Julia : Mis instantes son críticos , querida hermana mia : duraré pocos momentos : mi herida es mortal.... ¡Ah, cuanto darian nuestras amada madre y hermana Esencia por vernos ! ¡Cuan mal hemos pagado su cariño !

En esto los médicos la prohibieron hablar porque la calentura se le escitaba mas , y juzgaron conveniente que descansara para que por este medio se sosegase ; y los circunstantes salieron á la parte exterior de la tienda , quedando solo uno vigilante.

Despues de cuatro horas de continuo reposo despertó Julia mas animosa y dando evidentes señales de mejoría ; con lo que comenzáron todos á tener ciertas confianzas aunque remotas de que pudiese resistir al mal. Llamó en seguida á su hermana á quien no cesaba de dar besos y abrazos , con lo

cual parecia que ensanchaba su corazon ; á los que Polonia correspondia con iguales demostraciones de ternura.

Siéntate á mi lado , dijo Julia , que quiero hacerte una sucinta relacion de mis desgracias , para que las hagas públicas despues de mi inevitable muerte , y puedan servir de ejemplo á las jóvenes incautas que con facilidad se dejan seducir del caprichoso y audaz amor. — No cabiles , replicó Polonia , ni des abrigo en tu mente á ideas tan melancólicas. Reposa , que con el favor del cielo te restablecerás. — No , no : he llegado al término de mis días. Así quiero emplear estos cortos instantes , que le quedan á mi espíritu de estar unido al tronco , en conferenciar contigo.

No pudo Polonia negarse á complacer á su hermana , quien prosiguió diciendo : Voy á hablarte con fran-

queza, querida Polonia, sin que te sirva de enojo mi lenguaje, pues, como próxima que estoy al sepulcro, debo producirme en el de la verdad.

Los ejemplos de nuestra incauta madre (continuó) seducida por un vil usurpador, no ignoras fueron quienes te pusieron á trote de abandonar la casa materna fugándote con Liberto: y aquellos y los tuyos abrieron camino á mi inocencia para que se presentara en el dilatado campo de los criminales vicios.

¡Ah! no es mi intento ofender la autora de nuestros días. A otra que á tí yo me guardaria de comunicárselo, pues el decírtelo á tí no es revelararlo. Fué frágil: paciencia.

A pocos dias de ausentarte, comenzó el capitán polaco al cual teníamos alojado, y á quien yo no era indiferente, á obsequiarme con toda aquella finura

que á ellos es característica: confieso la verdad, no me desagradaba su conversacion. Habitando los dos una misma casa, era continuo el roce; y de una conversacion sencilla, superficial é indiferente pasamos á otra mas honda y sagaz. El amor fué insensiblemente introduciéndose en nuestros corazones, y al fin nos apasionamos. Hablábamos á deshoras de la noche; y cuando todos descansaban en un profundo sueño, nosotros nos complacíamos en refrescar nuestros amores, á veces hasta la madrugada.

Tanta intimidad y confianza, la ocasion de estar á nuestra espontánea libertad, y la llama abrasadora que ardia en los pechos de dos jóvenes amantes, produjeron el funesto efecto que era consiguiente. Cedí á sus instancias; perdí la prenda mas sagrada que poseia, pues perdí el honor.

Un año permanecimos de este modo, al cabo del cual recibió la orden de pasar con ascenso á uno de los cuerpos que guarnecían Paris. Y... yo... ciega y frenética (me decia) yo abandonar lo que mas adoro sobre la tierra? primero abandonaré á mi propia madre y seguiré el ejemplo de mi hermana, que dejarlo. Estas reflexiones juntas con las promesas y juramentos que mi amante me hizo, en las que juró consagrarme su amor, sus dias y su existencia uniéndose á mí por el vínculo del matrimonio si le seguia, me decidieron desde luego á irme con él; ya por disfrutar de su amor, ya con el anhelo de que cubriese mi deshonra.

Sin reparar en los disgustos que daria á nuestra querida madre, principalmente viendo que no enjugaba sus lágrimas desde tu ausencia; sin prever

resultado alguno, emprendí la marcha al lado de mi amante, quien trataba de disipar de mi imaginacion hasta la memoria de madre, de hermana y de casa. Sus miras se reducian á complacerme, á darme gusto; á cuyas finezas correspondia yo con cegarme de cada dia mas: y llegó á tal el estremo de mi debilidad y frenesí, que me parecia no habia sobre la tierra muger mas feliz y venturosa que yo. *¡Cuan desgraciada es la persona que se deja arrebatar de un loco amor!*

Llegámos á Paris y nos aposentámos en una fonda. Al siguiente dia salió muy temprano mi amante con pretexto de ir á buscar habitacion. A poco rato vino con dos faquines que se llevaron todo el equipaje, salva una maleta que contenia la ropa de mi uso y algunas joyas regaladas por él. Sin duda tuvo á cargo de concien-

cia el dejarme en cueros. Díjome que me fuese vistiendo, pues luego volvía para acompañarme á la nueva morada.

Estuve esperándole hasta despues de mediodia, y viendo que no acababa de llegar comencé á entrar en sospechas. A la caída de la tarde entró un criado de la fonda á servirme la comida, y como no trajese mas que un cubierto, le dije: cual era la causa de no traer otro para mi esposo? A que me preguntó el doméstico: quien es vuestro esposo? Y diciéndole yo que aquel capitán con quien habia venido, me replicó: ¡Oh! si nos ha dicho que erais una pasagera que veniais unida á él solo desde ayer; y en prueba de ello ha pagado solamente su gasto, se ha llevado sus muebles y hase despedido de nosotros.

Al oír tales palabras prorumpí en

el mas amargo llanto. Maldije mi suerte, mi fortuna y aun mi propia existencia; y me consideré, con fundamento, la muger mas desventurada del mundo. ¡Yo..., me decia, léjos de mi casa, desamparada de un pérfido amante, deshonorada y en un país desconocido...! ¿que haré?

El criado llamó al fondista quien procuró consolarme; y compadecido de mi situación dispuso que, hasta que me resolviera á tomar uno ú otro giro, posaria en su casa, sin exigirme estipendio alguno: aconsejándome al mismo tiempo me volviese á unir con mi familia, aunque fuese pidiendo limosna. A esto me resistí, ya por temor de presentarme ante mi madre, ya tambien porque no se divulgara el estado en que volvía á mi patria. ¡Ojalá hubiera tomado los prudentes consejos de aquel caritativo anciano!

Al tercer dia, algo mas resignada, cuando ya habia dado curso á mis lágrimas en abundancia, decidí sobre mi suerte. Vendí algunas de las joyas, alquilé una pequeña habitacion, hasta ver si esparciendo voces y poniéndome en los diarios podria colocarme en clase de camarera. Varios acomodados habria encontrado á tener personas que abonaran mi conducta; pero ni aun el fondista se empeñaba en salir garante de una persona á quien no conocia mas que de tres dias, y ménos estando penetrado de mi relajada conducta.

En este tiempo adquirí conocimiento con una vieja vecina de la inmediata habitacion, la cual al parecer compadecida de mi situacion me consolaba, procurando disipar la melancolía que me devoraba. Poco á poco pudo conseguir me desvaneciese en gran parte: entretanto mis alajas se

iban acabando, y consumiéndose el dinero que de ellas sacaba; y yo no tenia aun hecha determinacion.

Sin dinero, sin prendas ni conocimientos ¿que resolucion podia tomar? Ninguna otra por cierto mas que perecer. Resolvíme finalmente á implorar la divina palabra por las noches. Unos me miraban y pasaban de largo murmurando, otros me requebraban, y pocos ó casi ninguno metia la mano en el bolsillo.

Una noche retiréme desconsolada por no haber hallado persona compasiva que se lastimara de mi suerte. Al poner la llave en la cerradura de la puerta, abre la suya la vecina, y me llama rogándome entre. Hicelo así y encontré en su estancia un caballero que cortes y afable me saludó: yo le correspondí conforme exigen la educacion y modales. Despues de recípro-

cos cumplidos, me dirigió la palabra así: Señorita, informado del deplorable estado en que se encuentra una dama de las recomendables prendas que os adornan, digna por cierto de suerte mas venturosa; movido de una parte á compasion, y de otra incitado por un amor vehemente y puro, no puedo ménos de interesarme por el bien de una jóven tan bella y apreciable. Así pues he determinado pasaros ocho francos diarios para el plato, quedando ademas á mi cargo el alquiler de casa, joyas, trages y demas gastos, con tal que os digneis consagrarme vuestro amor.

Quedé turbada y llena de rubor al escuchar proposicion semejante; y la crianza detuvo que me propasase: sin embargo le respondí con política, que á mí no me vencian intereses; y que no era de aquellas que él quizas

estaria acostumbrado á tratar. Pidióme mil perdones y se retiró, diciéndome á pesar de todo al despedirse, que reflexionase bien; y que aun cuando le habia despreciado, volveria á la siguiente noche á saber mi determinacion: dejándome con disimulo un bolsillo sobre la mesa. *¡De cuantos ardidés, de que medios tan inicuos se valen los hombres para saciar sus livianos apetitos! ¡O como saben aprovechar las ocasiones!*

En seguida comenzó la vieja á aconsejarme que debía por todos títulos ceder á las caprichosas solicitudes de aquel sugeto, sin otras miras que hacer dinero durante mi juventud para tener una vida tranquila y reposada en la vejez. Que esas palabras (decia la vieja) de honor y reputacion, eran dictadas por cuatro fanáticos: que el mejor honor era el oro.

Resistióse en un principio mi corazón á las proposiciones de aquella depravada seductora, cerrando mis oídos á tan perversas máximas y doctrinas tan malévolas. Sin embargo, los reiterados golpes ayudados del ruido del sonoro metal comenzaron á ablandar mi empedernido corazón, convenciéndome en términos, que al siguiente día no vacilé un instante en dar el sí á mi pretendiente.

Desde entónces nada me faltaba; teatros, coches, vestidos magníficos y una espléndida mesa me hacían presumir ser mi mérito estremado, y yo propia me engreía al verme así obsequiada.

A los tres meses se cansó de mí el caballero, bien porque encontrase otra que le agradara mas, ó bien porque entraria en cuentas consigo mismo: lo cierto es que me dejó en blan-

co. Mucho sentimiento me causó su pérdida; pero muy fácilmente volví á recobrar la alegría: y ya perdida la vergüenza acabé de relajarme.

Entre los que frecuentaban mi casa venia Mr. Brosqui, que así se llama el fiel amante que me ha conducido hasta este sitio: sin duda él ha sido el solo que me ha amado de veras. Sus intenciones eran puras, tanto que ya tiene pedida la real licencia para darme pruebas de sus castas intenciones, estrechándonos con un perpétuo lazo conyugal. Mi pronta muerte priba que se cumplan nuestros deseos; pero el Dios de los ejércitos ve que no es nuestra la culpa; él pues lo quiere así, conformémonos con su voluntad.

Selló Julia su boca con el silencio, y las lágrimas que caían por sus mejillas daban bien á entender lo mu-

cho que amaba á Brosqui, y lo ar-
repentida que estaba de la mala vida
que habia llevado.

Continuaba la jóven herida dando
cada vez mas esperanzas de un pronto
restablecimiento: ya con todos conver-
saba y aun comenzaba á tomar algun
alimento sólido.

Al quinto dia tuvo la retaguardia
del ejército (pues la vanguardia y cen-
tro habian continuado en persecucion
de los franceses, y Liberto habia ob-
tenido el permiso de quedarse en el
campamento hasta que se levantaran
del todo los reales) órden de prose-
guir la marcha, y los prisioneros de
ser conducidos á uno de los depósi-
tos. Liberto rogó al gefe de la divi-
sion fuese exento Brosqui de ir con
los demas, suplicándole le permitiese
quedar á su lado. Pero el general le
dijo no estaba en sus atribuciones se-

mejante concesion: y que lo mas
que podia hacer era permitirle á él
permanecer en aquel sitio hasta el res-
tablecimiento ó muerte de Julia; pero
que el prisionero habia por fuerza de
seguir su suerte unido á los demas.

La enferma, apénas comprendió
que habia de separarse de Brosqui co-
menzó á afligirse. En valde procura-
ban consolarla todos, en vano la per-
suadian diciéndola que en restablecién-
dose, su misma hermana la acompaña-
ria adonde su amante estuviese: á nadie
daba oidos, todos los consejos despre-
ciaba, y solo el llanto y los gemidos
eran sus compañeros, los cuales con-
siguieron hacerla recaer totalmente de
su mejoría.

Llegó por último el fatal instante
de la partida. Brosqui va á despedirse
de su amada. Julia mia, le dice, la
suerte nos separa: mi corazon sin

embargo se muestra ménos impaciente al considerar que quedas en los brazos de tu tierna hermana. — ¡Ah! contestó Julia, las sombras de la muerte me rodean: yo me consuelo y aun complazco al reflexionar que voy á espirar entre los tuyos.

En esto tocan llamada: Brosqui estiendo los brazos para dar el postrer adios á su Julia; esta estrecha el cuello de Brosqui con los suyos; y en diciéndole: *Adios, mi amado y prometido esposo; cumpliéronse mis deseos*, pierde el habla, se entelan sus cristalinos ojos, cierra sus párpados, un sudor frio cubre su cuerpo, no se percibe el pulso, apénas puede respirar; é inclinando la cabeza fallece.

Acongojado el polaco al ver espirar á su amada queda sin sentido, y sobrecogiéndole una fuerte pasion de

ánimo se desmaya. Polonia por otro lado se halla en el mismo estado que Brosqui; Liberto enjugándose las lágrimas acude al socorro de los dos desmayados. Consigue en fin á puro esfuerzos volver en si á Brosqui: este manifiesta su dolor con hondos suspiros y algunos gemidos: y, ¿como persuadirle á que se aparte del cadáver de su adorada? — ¡Ah! eso no, decia él; no te abandonaré hasta colocarte en el sepulcro: sí, yo mismo quiero ocultar tu delicado cuerpo á la vista de los mortales ántes de partir para mi destino.

Juzgó Liberto conveniente sacar el cadáver de Julia cuanto ántes, y dejando á Polonia aun trastornada en los brazos de los médicos, valido de la ocasion para que su hermana no lo viese, condujéronlo Liberto y Brosqui al campo, y al pié de una envejecida

encina abrieron un hoyo, en el que dieron sepultura á los ya frios y marchitados restos de la bella Julia.

¡Con que dolor cubria de tierra el tierno y afligido Brosqui las heladas cenizas de su adorada! Un raudal de lágrimas derramadas de los ojos de entrámbos sepultureros convertia en lodo la recién movida tierra. ¡Como convencer Liberto al fino amante á que abandone el sitio en que quedaba para siempre depositado el que habia sido dulce objeto de su amor! No, no; decia gritando, no me apartaré de aquí; son vanas vuestras instancias: dejadme siquiera el nímio consuelo de bañar con copioso llanto la tierra que cubre á mi Julia: permitidme que la acompañe en su triste soledad: no pretendais que infiel la desampare.

Viendo Liberto que eran infructuosos los varios medios de que se

valia para apartar de allí á Brosqui, echó mano del de la fuerza, único que le quedaba para alejar de aquel sitio á un amante frenético. Al efecto y para conseguirlo hizo señas á dos soldados que discurrían por las inmediaciones, los que asiendo al desesperado Brosqui por los brazos le obligaron con violencia á abandonar aquel lugar. — Pérfidos, tiranos, bárbaros monstruos, verdugos desapiadados, ¿como teneis valor para obligarme á dejar á mi amada en estos umbríos desiertos? Dadme ántes la muerte, os suplico con el mayor encarecimiento; unid á las tuyas mis cenizas y no me alejéis de aquí; decia furibundo el desconsolado y ciego amante.

Sin hacer caso de sus razones fué conducido á la tienda, en la que encontraron á Polonia vuelta en sí de su trastorno. Apénas los vió entrar,

cuando abrazándose á un tiempo á Liberto y á Brosqui, exclamó llorando: Decidme, ¿Donde está mi querida hermana! ¿adonde habeis conducido á Julia! Un profundo silencio fué la contestación que los dos dieron; explicando con la vista que ámbos bajaron lo que sus lenguas no podian pronunciar. Aunque con harto trabajo pudo reprimir Liberto el llanto para atajar el que en abundancia vertia Polonia.

En esto hacen los tambores la última señal de marcha. ¿Y abandonará Brosqui aquellos campos que abrigan el cuerpo de su idolatrada? ¿Y como despedirse de Polonia y Liberto? Y estos, ¿como separarse del desconsolado prisionero? Con todo es forzoso.

Desfilan las tropas, Brosqui estrecha entre sus brazos á la hermana de su adorada y al amante de aquella, á quienes apellida con el dulce, con

el suave nombre de hermanos: estos contestan del mismo modo; y las gargantas de los tres anudadas, apenas con dificultad pueden pronunciar el postrer adios.

Siguen unos y otro rumbos opuestos; ellos se dirigen en persecución de las derrotadas huestes napoleonistas, y él es conducido á un depósito.

La division emprendió la marcha por un camino situado á pocos pasos del lugar en donde estaba supultada Julia. No pudo Liberto contenerse sin ir á bañar por la vez postrera con sus lágrimas la tumba de la hermana de su querida. Se desvió con disimulo por no dar que pensar á Polonia, de la columna; y despues de haber por un rato tributado el último homenaje á la difunta hija de Matilde, ántes de despedirse de aquellos solitarios desiertos, grabó con la punta del

cortaplumas en el tronco de la frondosa encina este epitafio: *Aquí descansan los restos de la desamparada Julia, sepultada al pié de esta encina por su propio homicida, ayudado del tierno amante de la misma.*

Al concluir de estampar lá última letra abandonó aquel puesto, haciendo indecibles esfuerzos para no volver la vista hácia aquel silencioso lugar. Unióse por fin á su amada, y ámbos prosiguieron la marcha con la columna hasta las fronteras de Francia, en donde se internaron los dos despues de la caída del Coloso de la Europa, dirigiéndose á Paris con objeto Liberto de retirarse del servicio y avecindarse en dicha Corte.

La revolucion de los cien dias obligó á este á tomar de nuevo las armas contra Napoleon, dejando en esta ocasion á Polonia en Paris,

con bastante desconsuelo y contra la voluntad de la misma. Pero á falta de la presencia de su amante la servian de consuelo y tranquilizaban su espíritu las cariñosas cartas que cada correo recibia de su adorado, en las que le demostraba el mas entrañable afecto.

Tres meses de ausencia habian discurrido y Polonia dejó de improviso de tener la mas remota noticia de Liberto. Entónces comenzó á vacilar; haciendo mil congeturas: ya se figuraba abandonada por él mismo, ya sospechaba que lo hubiesen muerto en alguna accion, y estaba sin saber que resolucion tomar.

Entró de nuevo á reinar el orden en la Francia y aun nada sabia Polonia de su amante. Quedóse sin dinero, abandonó á ménos precio todas sus joyas, alajas y vestidos y se quedó

en la mas miserable desnudez.

Desesperanzada ya de volver á ver á Liberto determinó unirse á su madre y hermana. Pero ántes de emprender el viaje para España conceptuó del caso pasar á Amiens con el objeto de despedirse de Mr. de Liscourt su antiguo bienhechor, quien siempre le proporcionaría algun socorro para ayuda al viaje.

Presentóse en efecto en casa de su favorecedor, quien al mirar á Polonia quedó como admirado é incrédulo de verla ¡Vos, dijo, vos aquí! ¡La esposa de Liberto...! ¡Será posible...! ¿No disfrutabais de mejor vida...? — ¿Yo, señor, yo en el otro mundo? que... delirais? — Como, ¿si deliro? Liberto mismo me ha asegurado vuestro fallecimiento... — Que... ¡aun vive Liberto...! existe mi amado esposo...! — ¡Ay infeliz hija mia! ¡Tú su com-

pañera, y su primitiva esposa viva...! — ¡Liberto de otra...!

Al decir esto un desmayo hizo á Polonia perder el sentido. Al oír las exclamaciones de Liscourt acuden Liberto y su legitima consorte, quienes al ver allí á la desgraciada hija de Morundi se quedaron cortados y sin acertar á articular.

Hombre imprudente, hombre insensato, sin religion ni temor de Dios ¿como atreveros á engañar así esta infeliz y desventurada hija y á su honrado padre...? ¿á aquel mismo que compadecido de vuestra suerte os amparó en su casa sacándoos del depósito en que gemiais prisionero, y al mismo que os dió la libertad? Y... ¿blasonais de hombre virtuoso, vos que pérfido habeis atropellado el invicto honor de una doncella, de una hija amada única que me concedió el

cielo; del tierno pedazo de mi corazón? Dijo colérico Mr. de Liscourt. — Ni vuestra hija mi cara esposa, ni vos, amado padre mio, habeis sido engañados. Esa que ahí veis es Polonia sí; mas no mi legítima compañera. Fué frágil, y su debilidad ha labrado su perpétua desdicha. Pasábamos por consortes, es muy cierto; mas todo era ficcion. (A estas palabras la esposa de Liberto, que hasta entónces habia estado anegada en lágrimas por temor de perder para siempre á su marido, tranquilizó en algun tanto su sobresaltado espíritu.) Mi conducta, prosiguió Liberto, y modo de proceder son reprobables: engañé á Polonia, que engreida y alucinada por mi amor abandonó su patria y familia por seguirme. Mas ahora ya no debo pensar ni aun en su existencia. Mi esposa, mi amable y tierna esposa

es el solo, el único objeto que hace todas mis delicias.

Abrazó al propio tiempo á la hija de Liscourt, como en confirmacion de ser cierto cuanto habia dicho.

Polonia en esto volvió en sí y comenzó á dar ensanche á su dolor con lastimeros y profundos ayes; á estos siguió el llanto que en abundancia corria por sus megillas. Abre los ojos y ve al que habia sido el tierno compañero en sus trabajos; aquel por quien habia abandonado su suelo y hogar, por quien habia atravesado casi la Europa entera. Aumentáronse entónces el llanto y la afliccion.

No podian los circunstantes mirar con indiferencia acontecimiento tan raro y lastimoso: hasta la esposa de Liberto se compadecia de la suerte de aquella desgraciada, y aun él mismo enternecido volvía la cara con disimulo

por no manifestar el sentimiento con las lágrimas que hilo á hilo corrian por su rostro.

Liscourt trató de sosegar en algun modo á la malhadada Polonia, diciéndole que aunque habia perdido á su amante, siempre tenia allí su protector y padre: que él la cederia una de sus quintas en donde pudiese acabar sus dias con tranquilidad y sosiego, prometiéndole ir cuando ménos una vez á la semana á visitarla. A cuya propuesta contestó Polonia: No quiero ni aun pernoctar, no digo en este pueblo, sino ni tampoco, si posible fuese en este departamento, ni aun en Francia. En este instante mismo seguiré mi ruta. Y mirando á Liberto al volver la espalda, prosiguió: Vivid en paz al lado de vuestra esposa, mientras que la triste é inconsolable Polonia vaga errante por el mundo,

por haber creído las falsas promesas de un infame seductor.

Al salir de la puerta la siguió Mr. de Liscourt, quien la condujo á una posada en donde acertó á encontrar un coche que estaba pronto á salir para Bayona. Fletó un asiento para Polonia, dióle una cantidad suficiente para llegar hasta su casa: hizole algunas reflexiones prudentes para acabar de tranquilizarla, y se despidió de ella con gran sentimiento y pesar.

Emprendió Polonia su marcha, y en Bayona aguardó oportunidad de continuarla. Al efecto alquiló un asiento que la condujese á Madrid: mas al atravesar la Navarra, una cuadrilla de salteadores robó á cuantos pasajeros iban en el coche. Quedóse Polonia sin dinero, ¡ó que desgracia! sin conocimientos ni recursos en un país para ella desconocido: y aun gracias á la

compasion del conductor del carruaje , que apiadado la hacia sentar en su mesa : dejóla este finalmente en la Corte. ¿Y que hará en un pueblo extraño esta infeliz muger ? ¿y como proseguirá la marcha hasta su casa materna ?

Perdida en aquella bulliciosa poblacion , reflexionando acerca de su infausta suerte , y sin poder alimentarse ; cayó en breve enferma. No la quedaba otro asilo que el de acudir al hospital , en el que se refugió , y en donde fué perdiendo las fuerzas , apoderándose de su espíritu el abatimiento y el dolor. Ya en fin estaba exánime y aniquilada ; pero aun guardaba íntegros los sentidos.

Un dia , quando ya los facultativos la habian exaunciado y la ordenaron se preparara á mudar de vida ; y quando ella resignada , conforme y en es-

tremo alegre con la dulce esperanza de unirse para siempre al Dios de los ejércitos, aguardaba con placer el feliz , el venturoso apartamiento del alma y cuerpo ; llegóse á ella el médico mayor del hospital , á cuyo tiempo Polonia con voz débil y palabras interrumpidas decia : ¡Oh Dios de bondad , perdonad mis enormes y numerosos pecados...! ¡O tierna y cariñosa madre de mi corazon...! ¡O Esencia , querida hermana mia! ¡Ah si supierais en donde se encuentra vuestra infeliz y desventurada Polonia , cual correriais presurosas á darla el postrer adios , á consolarla en estos críticos instantes , á tributarla los últimos homenages que exigen la humanidad y la sangre!

Estas palabras pronunciadas con cierto intrínseco ardor por aquella cadavérica muger , llamaron la atencion del médico , quien desde luego advirtió

en el desfigurado rostro de la enferma cierta semejanza al de su esposa Esencia, que no le dejó la menor duda de que fuese esta la hermana que tanto lloraban su muger y suegra. Mas no juzgó prudente dar á entender á la mencionada, que Matilde y Esencia habitaban en la Corte, y que él era marido de la última, pues el exceso de alegría de tan feliz nueva era bastante á apresurar mas su muerte; contentándose por entónces con decirle: Bella jóven, consolaos; contad con mi proteccion y amparo: si os faltan vuestra madre y hermana, en mí teneis un padre, un hermano y un protector que no omitirá medio alguno que considere á propósito en favor de vuestra salud.

Dispuso en el instante el médico que fuese trasladada Polonia á una estancia separada; quedando desde aquel

momento á su cargo la curacion de la misma. Ordenó que estuviese pendiente un sirviente que tuviera cuidado de darla los alimentos y medicinas á las horas correspondientes. Despidióse de ella prometiendo visitarla varias veces cada dia, y voló á dar noticia de nueva tan felice á Matilde y Esencia, quienes al verle comprendieron en su semblante algun misterioso acaecimiento.

No acertaba el médico á hablar: le detenian de una parte el regocijo de hacer á su esposa y madre política sabedoras de hallazgo tan impensado; miéntras por otro lado le detenia el sentimiento que debiera causarlas el estado en que Polonia se encontraba. Rompió por fin el silencio y dijo: Ya la teneis aquí... Aquí, aquí está Polonia... — En donde...! como...! es cierto...? respondieron á la vez madre

é hija. Vamos á abrazarla... — Si quereis que viva no penseis por ahora en tal cosa: reprimid por algunos dias los deseos que os escita el amor de una hija y de una hermana, dijo el facultativo. — Como...? replicó Matilde, ¡ con que no podré verla...! — ¿ Y porque no...? prosiguió Esencia, ¿ acaso no nos es lícito abrazar nuestra propia sangre...? — Sí; respondió el médico, mas en el estado en que se halla fuera apresurar sus dias. — ¿ Y... en donde se encuentra...? ¿ en que estado se halla...? que le sucede...? ¡ Ay Dios! preguntó Matilde llorando. — En el hospital moribunda; pero aun hay esperanzas de resarcirla, mediante mucha tranquilidad y cuidado. Uno y otro quedan á mi cargo.

¡ Hija de mi vida, á que estado has llegado por los malos ejemplos de tu madre...! No merezco el perdon del

cielo... — ¡ Hermana de mi alma, Polonia mia...! ¡ O cuanto habrás padecido...!

Una y otra se deshacian en lágrimas, en términos que costó no poco trabajo al médico el poder reducir las á la razon: y mucho mas aun el vencerlas á que era una imprudencia pretender verla hasta su total restablecimiento: conociendo al mismo tiempo el la suya en no haberse valido de medios mas prudentes para participarles un acaso que podria traer graves trascendencias.

Con los lamentosos ayes y profundos suspiros que arrancaban de sus corazones y mezclaban entre sí madre é hija, pronunciando sin cesar el nombre de Polonia, refrescaban en su memoria la idea de la suerte que habria cabido á la infeliz Julia. Esto las hacia llorar y gemir mas amargamente.

Conformes en fin en no ver á Polonia hasta que su enfermedad no soló hiciese la crisis, sino que si reclinaba en bien hasta que estuviere del todo restablecida; se contentaban con enviar de continuo recados al hospital para saber el estado de la exánime enferma.

Esta, con el acierto del médico é incesante cuidado y vigilancia de los sirvientes á cuyo cargo estaba, comenzó á dar algunas, bien que remotas esperanzas de felices resultados.

Ya la calentura aflojaba, la sed no la atormentaba tanto, hablaba con mas despejo, sentia condolidos todos sus miembros, y notaba una suma debilidad y postracion, efecto de la gravedad del mal padecido. Aunque muy lentamente fué mejorándose Polonia, y empezó por fin á levantarse. Al paso que iba restableciéndose, conocia con

mas evidencia á quien era deudora de su vida. Como! dijo la convalecien- ta al facultativo, ¿de que modo podré pagaros tantos beneficios, mercedes tantas, ó protector mio! — Dejaos de eso, respondió este, aun tengo reservado el haceros otro, que sin duda lo estimareis en mas que cuantos hasta aquí habeis recibido de mi mano. — Y... ¿cual podrá ser que tenga yo en mas estima que el seros deudora de mi existencia? — Que... ¿preferirais vivir siglos enteros abandonada á vuestra malhadada suerte, sola y sin parientes ni otro refugio alguno, ó respirar un solo dia en los brazos de vuestra amada madre y querida hermana...? — Esto último... — Bebed este cordial... Pues salid de aquí, Polonia; abrazad ante todo á vuestro cuñado, al esposo de Esencia, que este os conducirá ahora mismo... — ¡Adon-

de...? — Al hogar que abandonasteis, al seno de vuestra familia, á los tiernos brazos de vuestra cariñosa madre y cara hermana. — Que... á Valencia...? — No que moran conmigo en la propia Corte. — Es posible...!

A pesar de que Polonia habia ya casi recuperado del todo sus perdidas fuerzas, y sin embargo de la precaucion que el facultativo habia tenido en darle ante todo el cordial, quedó sumergida en funestas congojas; mas con prontos y eficaces espíritus lograron volverla en sí, y un copioso llanto desahogó su corazón. Abrazada al esposo de Esencia regaba ya el rostro, ya las manos del mismo con raudales lágrimas de gozo, á las que él no pudo mostrarse tan indiferente que no dejase escapar algunas, que mezcló con las de Polonia. Hasta aquellos mas indiferentes lloraban de alegría al contemplar escena semejante.

Lágrimas
en grupo

Luego que Polonia y su cuñado pudieron dar libre y franca respiracion á sus pechos, contó este á aquella, bien que brevemente, como habia contraído matrimonio en Valencia con su hermana; el tiempo que egercia aquel destino en el hospital de la Corte, y como tenia á su cargo y entero cuidado á su suegra Matilde.

Esta y aquella, aunque de ante mano prevenidas para recibir á Polonia, no pudieron contenerse al oír un coche que se paró á la puerta de la casa; bajaron precipitadas la escalera, y aun Polonia no habia puesto el pié en el zaguan, cuando se vió en los brazos de las adoradas y únicas prendas consolatorias que le quedaban. ¡Que paso tan sentimental y tierno! Las lágrimas de las tres, que en abundancia corrian por sus rostros, humedecian los labios ya de la una, ya de

la otra al tiempo de aplicarlos entre sí á las megillas. Anudadas sus gargantas, no acertaban las balbucientes lenguas á espresar ni una sílaba siquiera.

Llegaron finalmente en medio de los llantos, los ósculos y abrazos, al estrado, en donde acabaron de desahogar algun tanto mas sus oprimidos pechos. Fué la primera Matilde en esclamar llorando: ¡Por fin he llegado á verte, querida hija mia! Ya descansa mi corazon. ¡Ah volví á hallar lo que contaba perdido...! ¡Ya estrecho contra mi seno á mi amada hija!; ¡mi incomparable Polonia ha venido á vivificar con su presencia el helado pecho de su madre...! ¡O cuan venturosa soy! Mas... ¡ah... cuan mas feliz me contara si en este momento hubiese estrechado tambien entre mis brazos la malhadada Julia...!

¡O cual será su paradero...! — El eterno descanso, replicó Polonia enjugándose los ojos. — Que dices... ha muerto...? ¡Ay hija mia! ¡Con que ya no te veré mas...! — ¡Con que pagó el tributo á las parcas, nuestra cara hermana...! — Sí; murió en mis brazos. — ¡En tus brazos...! Y en donde...? — En Rusia.

Entónces prosiguió Polonia contando estensamente la desgraciada historia de la infortunada Julia, la que interrumpian á cada paso con llantos, lamentos y sollozos todos los circunstantes: y cuando aunque con pena y dificultad hubo concluido su narracion, dijo la madre: ¡Ah! Lope, el infame Lope, aquel pérfido engañador ha sido el causante de mi eterna ruina, y lo peor que con mi mal ejemplo os abrí tambien á vosotras el camino de la perdicion. Gracias aun al

cielo que la virtuosa Esencia ha sabido mantener ileso su candor á vista de tamaños desastres. ¡O ciega de mí! ¡Que locura la mía! Soy tanto mas digna de castigo, cuanto me dejé seducir en una edad madura y reflexiva: soy tanto mas criminal, cuanto fuí mas virtuosa; merezco ser mas atormentada de mis propios remordimientos, cuanto mis enormes desvíos han ocasionado males gravísimos y trascendentales. ¡Ah! Ya no hay remedio....

Lope, continuó Polonia, ya pagó su merecido: el mismo cielo parece que lo trajo á mi presencia, como para que yo fuese testigo ocular del castigo que se le daba en recompensa de sus execrables delitos. Murió en un suplicio, lleno de remordimientos; aunque arrepentido de sus criminales excesos.

Prosiguió la hija mayor de Matilde su narracion, esplicando los desvíos con que Lope habia aumentado su mala vida desde su desaparicion de Valencia, hasta el instante de la muerte. Pasó en seguida á contar sus propias aventuras, y cuando las hubo concluido, tomó el hilo el esposo de Esencia diciendo: Ahora, Polonia, ya habeis acabado de padecer: mi empleo del hospital, ayudado de las muchas visitas que tengo en la Corte, es suficiente para sostenernos, estando todos reunidos en familia. Creo que con el ejemplo de tantos infortunios y padecimientos como habeis sufrido por espacio de tantos años, y en vista de lo engañada que os ha llevado una fortuna aparente, sabreis reportaros en adelante, dando pruebas de un verdadero arrepentimiento con una vida honesta y ejemplar. Tal vez aun po-

dreis hallar acomodo; y en este caso, sed toda de vuestro esposo.

Viviré eternamente reconocida á los innumerables beneficios recibidos de vuestra generosa mano, y á los que en este instante acabais de proponerme; mas no puedo aceptar estos últimos. — Como...? Porque no...? — Cuando veia abierta ya mi sepultura, cuando me consideraba toda cubierta de hediondez y podredumbre, roida de asquerosos gusanos; hice un voto si el cielo se dignaba prolongar mis dias hasta darle pruebas de un verdadero arrepentimiento con una austera penitencia, retirada del mundo. La reciente enfermedad que acabo de sufrir sin duda ha sido un aviso de la divina justicia para que me corrija de mis desvíos. El voto consiste pues en acabar mis dias en un retiro, léjos del siglo, contemplando solo la escelsa bon-

dad y misericordia de mi Dios, que estando en su omnipotente mano precipitarme en lo profundo del abismo, no ha querido hacerlo, y ántes léjos de eso, me ha llamado al arrepentimiento. En la clausura le tributaré los respetuosos homenages que se merece como dueño universal: allí entonaré mil cánticos de alabanza, y me egercitaré siguiendo el camino de la virtud, en aprender el sendero del Paraíso.

Hija mia, replicó Matilde enagenada del mayor regocijo, yo tambien debo seguirte, pues fuí verdaderamente la causante de tus yerros. Apartémonos entrámbas de este mundo engañador; busquemos nuestra verdadera felicidad, y huyamos la aparente de que tanto lisongan los mundanos y hemos lisongeadó nosotras. Allí lloraremos las dos unidas nuestras culpas:

(164)

vivirémos separadas de bullicio del siglo; y con una austera y continua penitencia borrarémos las innumerables manchas con que hemos ensuciado nuestros espíritus, estos preciosos seres semejanza del Hacedor. En aquella tranquila reclusion morarémos hasta que el Omnipotente disponga llamarnos á mejor vida.

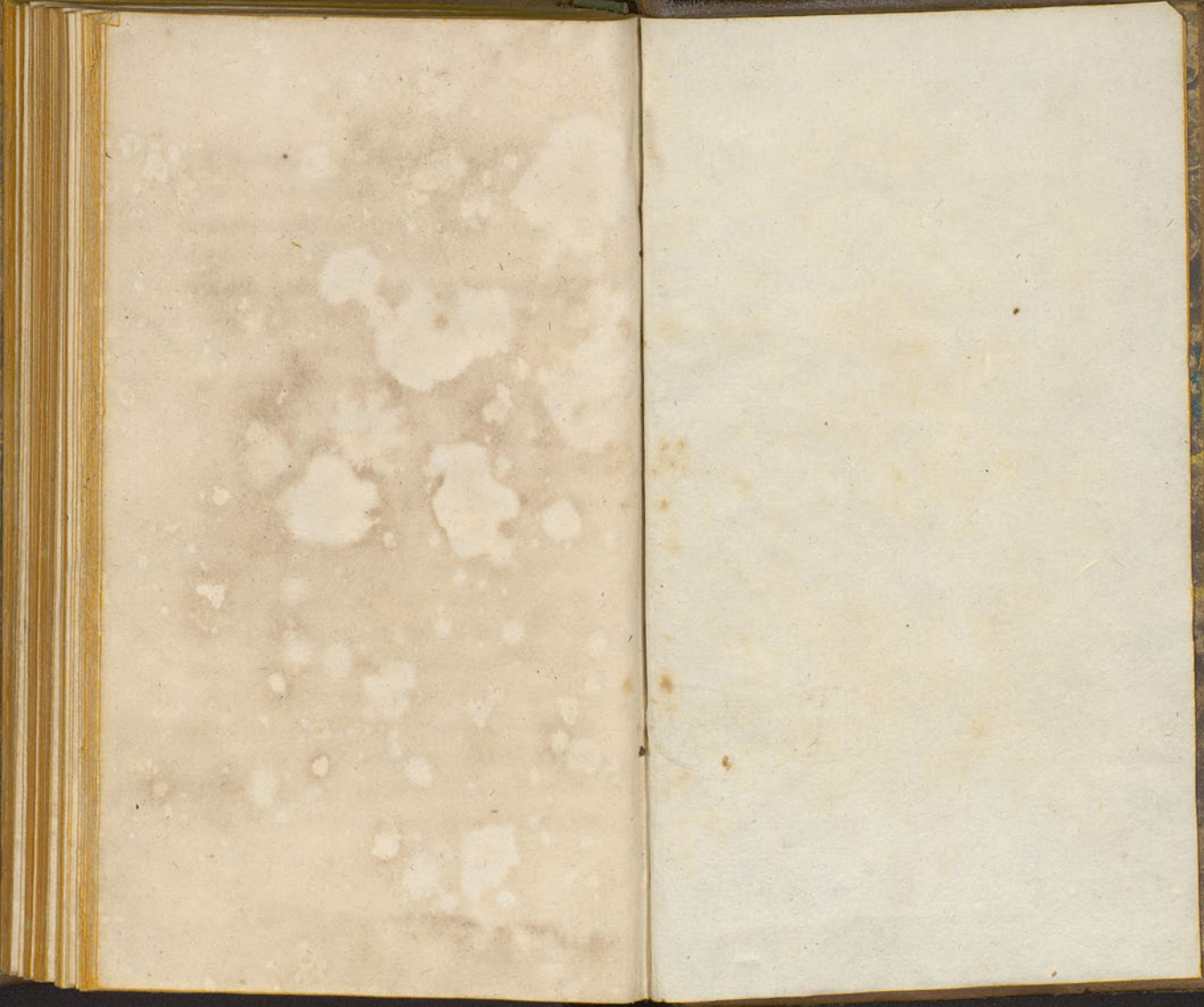
En breves dias quedó todo dispuesto para llevar al cabo las intenciones de Polonia y Matilde; y cuando todo estaba ordenado, una noche fueron conducidas las dos arrepentidas á su claustral morada con el mayor sigilo, acompañadas de Esencia y de su esposo, quienes abrazando á las dos novicias y deseándoles el logro de la perfecta tranquilidad y reposo de espíritu, se retiraron, no sin sentimiento por lo sensible que les era la separacion de aquellos tiernos objetos, que acabaron

(165)

en aquel retiro sus dias llenas del mas fervoroso arrepentimiento, y tributando al Todopoderoso gracias innumerables por haberlas bondadoso llamado á penitencia, dándolas tiempo de espiar con ella sus delitos.

FIN.

en aquel tiempo...
al Toledo...
por haber...
fuerza...
con ella...



50

